

CAREWE, Edwin

# RESURRECCION

Films de Amor



50 cts.



*Para Pasual*



93. *Films*  
**SELECCIÓN FILMS DE AMOR**

NÚMERO EXTRAORDINARIO

Redacción, Administración y Talleres:

**Calle Valencia, 234 - Apartado, 707**

Centro de Reparto de Suscripciones: Barará, 16

**B A R C E L O N A**

## RESURRECCION

(RESURRECTION, 1927)

Narración literaria del argumento de la película del mismo título, basada en la popular novela del célebre

**Conde LEON TOLSTOI**

Interpretada por los grandes artistas

**Dolores del Río - Rod La Roque**

**EXCLUSIVA DE  
ARTISTAS ASOCIADOS**



*Rambla Cataluña, 62      Barcelona*

### REPARTO

Catalina Máslova.....DOLORES DEL RÍO  
Demetrio Iván Neklindof...ROD LA ROQUE  
Comandante Schoembock ..Marc Mc Dermontt

**ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA**



## PRIMAVERA

Noche serena y tranquila era la del 29 de mayo de 1876.

Los rigores del crudo invierno que acababa de pasar, habían dejado en el alma de todos una melancolía indescriptible.

El sol, padre de la Humanidad, era deseado como fuerza generadora que todo lo fertiliza.

El reloj de la iglesia acababa de dar las cinco de la mañana.

Un gallo cantó cerca, respondióle otro y otro más lejos, y así hasta perderse en la lejanía de los campos.

En la plaza de Pavono se abrió una puerta del edificio destinado, cuando algún pasajero viajaba por aquellos lugares, a hostería.

El alba, con velada luz, parecía romper las tinieblas de la noche, pronunciándose por momentos más fuerte y atrevida.

De la casa señorial se abrieron las rejas que cercaban el jardín y un apuesto joven salió por ellas.

No había entornado la verja, cuando oyó una voz que le llamaba; se volvió rápidamente y, con la sonrisa en los labios, dijo:

—Buenos días, Catalina! ¿Qué ocurre?

—¡Aguarda, Demetrio Iván, aguarda!

La que esto gritaba era una jovencita, casi una niña, que a todo correr se dirigía hacia la verja. Pequeñita, con el pelo negro y ensortijado, de mirada dulce y algo triste, con pechos precoces y cintura marcadísima, de piel más que blanca, albarina, de manos largas y pies pequeños. Era una figurilla que encantaba por su pequeñez y hermosura.

Llegó cansada, roja, por la rapidez de la carrera, palpitando con fuerza, y casi sin aliento interrogó, mientras se abrochaba el amarillo corpiño:

—¿Quiere decirme el Príncipe Demetrio Iván Neklin-dof por qué no me llamó a la hora convenida para salir de caza?—Era su voz pura, cristalina, con un deje de armonioso agradable al oído.

El interpelado se echó a reír, no pudiendo permanecer serio al ver que la muchacha se ponía con los brazos en jarras y tenía hinchados de viento los carrillos.

—¡No ría, no ría!—repitió Catalina.

—¿A qué viene el tratamiento de usted?—preguntó Demetrio.

—¡Esto se merece usted y mucho más!—replicó la joven.

—Pero, chiquilla; no comprendes que es un abuso hacerte levantar a las cinco de la mañana, después de haberte acostado tan tarde ayer por la noche...

—Entonces, ¿por qué me lo prometiste?—dijo, no dándole concluir.

—Comprende, querida Catana, que mi deseo sería llevarte conmigo; pero ya sabes que después las tías te riñen y regañan.

Un gracioso movimiento de su boca y una mirada picaresca, fué la contestación que dió Catalina a la observación de Demetrio, demostrando con ambos gestos que poco le importaba cuanto pudiesen decirle las señoras.

—Bueno, quedamos en que no te incomodarás conmigo, y como prueba de nuestra buena amistad, te prometo que la primera pieza que cobre será el premio que te ofrecerá tu pequeño Demetrio.

Y una franca carcajada puso fin al diálogo.

Al ver que no había podido conseguir acompañar al joven, Catalina se entristeció y de sus negros ojos se asomó una lágrima.

Y en el colmo del despecho gritó, como si lanzara un axioma:

—¡Me las pagarás, Demetrio, me las pagarás!

—No seas mala, querida Catana—dijole el príncipe.

Pero ella viró la cabeza, queriendo ocultar el llanto que corría por sus mejillas.

Viendo algo más tranquila a Catalina, Demetrio aprovechó el momento de marcharse, y como despedida le apretó fuertemente las manos.

Catalina vió cómo el joven se alejaba y, cuando en un recodo del camino, éste se volvió para saludarla con el gorro, inconsciente, maquinalmente, le echó un beso con la yema de los dedos.



\* \* \*

Catalina Máslova contaba a la sazón dieciocho años. Vivía en la mansión señorial, propiedad de las tías de Demetrio Iván Neklindof, dueñas y señoras de toda la aldea de Pavono, como así también de sus contornos.

Por su carácter bondadoso, humilde y alegre, las rancias hermanas le tenían a medias pupila y a medias sirvienta.

La historia de la Máslova era de las más vulgares. Era hija de una aldeana que ayudaba a su madre a guardar las becerras del castillo señorial. La muchacha, que no estaba casada, tuvo un desliz con un vagabundo, del cual nació Catalina. Fué bautizada y su suerte habría corrido pareja con la muerte, a no ser por una verdadera casualidad.

Pocos días llevaba de nacida la niña cuando se le ocurrió a Sofía Ivanovna, la más joven de las tías, entrar en el establo para reñir a la sirvienta, viendo al lado de la madre, parturienta todavía y durmiendo sobre un montón de paja, aquel rostro de ángel, y mal lo hubiese pasado la criada a no ablandar su corazón el lloro lastimero de la criatura, de la cual se nombró espontáneamente madrina, deseando socorrer a la madre a quien hacía llevar diariamente grandes tazones de leche.

Sofía Ivanovna, que así se llamaba la señora, hacía de cuando en cuando alguna visita a la madre y a la niña, dejando siempre olvidados dos o tres rublos para que así pudiesen mejor alimentarse ambas.

Transcurrieron tres años sin que pasara nada notable, pero al empezar el cuarto del natalicio de Catalina, la crudeza del invierno, más inclemente que nunca, se cebó en la madre, quien enfermó y murió pocos días después.

Con sus ojazos negros, la niña tenía una vivacidad y una gracia extraordinarias, divirtiéndose no poco a su protectora cada vez que ésta la visitaba, por lo que determinó ahijarla y llevársela consigo.

María Ivanovna, la mayor de las hermanas, no vio

con buenos ojos aquella buena y noble acción, pero transigió por no enemistarse con Sofía.

Con el tiempo creció la niña, y mientras Sofía Ivanovna, la madrina, la trataba con cariño, enseñándola a leer y hacer labores, soñando en adoptarla, María, más severa e intransigente, por nada se molestaba, y sólo estaba satisfecha cuando la muchacha la servía con rapidez y esmero, deseando hacer de ella una buena camarera.

Pero cuando el carácter de tía María se mostraba furibundo era cuando sus órdenes, dadas siempre a grandes voces, no eran ejecutadas como ella deseaba, llegando incluso, algunas veces, a pegar a la pobre Catalina.

Bajo esta doble acción e influencia creció la niña, entre camarera y señorita, sin llegar a saber nunca cuál de las dos era la suya.

De esta manera vivió relativamente feliz hasta la edad de los 15 años, época en que se presentó en el castillo un sobrino de las señoras, el cual venía a descansar de sus estudios militares principados en una academia de Moscou.

Las relaciones entre los dos jóvenes fueron prontamente estrechándose, pues, para ella, aquella compañía representaba un verdadero acontecimiento en su vivir monótono, y para él, acostumbrado a los juegos y diversiones de sus camaradas y condiscípulos de academia, mal podía avenirse su juventud con las charlas insustanciales y aburridas de sus vejatorias tías.

Así es que corrieron el uno en pos del otro, buscándose, citándose; siendo cada cual de ellos el complemento de las excursiones, de las meriendas, de las veladas.

Eran como dos buenos amigos que nada les divierte si no es la compañía del otro.

¡Todo castidad y pureza! ¡Todo bondad y nobleza!! ¡Todo felicidad!

Y así felices, placenteros, agradablemente transcurrieron aquellos dos meses de vacaciones.

Este tiempo pasó como un sueño delicioso para Catalina, del cual sólo recordaba la promesa que le había hecho Demetrio de que el próximo año volvería.

Pero..., pasó el invierno, que a ella le pareció más crudo, más frío, y más desolado que nunca; llegó la



primavera y transcurrió el verano, y el amado compañero de los juegos infantiles no volvió.

Así pasaron dos años más, en los cuales vió florecer los árboles y sembrarse de nieve la campiña, llevando dentro de su alma el recuerdo de Demetrio, el cual parecía estar sordo a los requerimientos que le dirigía su amante corazón.

Mas por fin regresó el amado doncel, más hermoso y más gallardo que nunca.

Era ahora un hombre.

Estaba a punto de terminar sus estudios militares. Tenía solicitada plaza para el Cuerpo de Guardias Imperiales, esperando solamente una vacante para incorporarse a él.

Y de nuevo se repitieron las excursiones y las veladas como antaño.

Y los días transcurrieron para ambos jóvenes con la alegría de un vivir puro y casto, pues nada empañaba el sol de la felicidad que iluminaba sus floridas sendas.

\* \* \*

Trasladémonos por unos instantes en el vasto salón de la casa feudal para escuchar lo que motiva la discusión que están sosteniendo las Princesas, hermanas Sofía y María Ivanovna.

Algo, poco agradable, debía pasar por la imaginación de María, pues un repiqueteo de su pie derecho denotaba la nerviosidad que la turbaba.

—¿Qué te pasa, que te veo algo agitada, María?— preguntó al darse cuenta de su agitación, la hermana menor.

Como si aguardara aquella ocasión para decir todo lo que pensaba, contestó, deseando intrigar a Sofía:

—Que, ¿qué me pasa? Lo que a ti te ocurriría si te fijaras un poco más en lo que sucede debajo del techo de esta casa.

Sofía dejó el manto que estaba bordando sobre el cesto de labores, y repitió la pregunta entre irónica y curiosa:

—Vamos a ver: cuéntame lo que sucede.

María Ivanovna se irguió, sacóse los lentes de oro y con voz grave, dijo:

—Demetrio tiene menos interés cada día en estudiar,

y lo que me inquieta es que está a todas horas con Catana.

—¿Y es eso todo?— preguntó Sofía, mientras una sonrisa se deslizaba por sus labios.

—¡No es todo eso, no!—gritó María, agitada.

Y como si pensara cuánto tenía que decir, continuó después de unos segundos de pausa:

—Me molesta sobremedera la amistad y confianza que une a estos muchachos, todo el día juntos y siempre hablando de cosas que no les benefician en nada, como si al venir Demetrio a pasar las vacaciones aquí, no tuviera más misión que la de olvidar que es un caballero, por convertirse en escudero.

—¡Son unos niños, querida hermana!—atenuó Sofía sin dejar de reír.

—No olvides, María, que él es un Príncipe, y ella...

—¿Qué sabe de jerarquías el corazón?—le interrumpió su hermana—. El amor es igual en todas las épocas y en todos los lugares del mundo.

—Pero...

Con seguridad, María, iba a replicar algo a esta sentencia, a no ser por el movimiento que le hizo su hermana indicándole que Demetrio acababa de entrar, casi corriendo, en el salón, y arrojando el gorro en una silla, gritó, lleno de alegría:

—¡Las más bonitas flores, recogidas en la campiña, son el obsequio que vuestro sobrino os ofrece, queridas tías!

Las dos hermanas quedaron sorprendidas al ver que Demetrio, con gracioso ademán, las recubría con los pétalos y hojas del ramo que llevaba.

Tía María desarrugó la frente y mientras palmeaba, cual chiquilla traviesa, gritó:

—¡Loco! ¡Más que loco!

—¡Grita, grita!—replicaba él.

—¡Quieres estarte quieto, diablillo, que me despeinas!

Oyendo la voz lastimera con que tía María formulaba esta súplica, Demetrio la dejó, yendo a hacer lo mismo con la otra hermana. Sofía contemplaba, con cara llena de satisfacción, cómo el muchacho sabía justificar, con su proceder, las palabras que en su abono había dicho antes a su hermana.



—Estoy orgullosa de ti, Demetrio—dijo, contentísima, Sofia.

—Nunca podré pagar las bondades que de vosotros he recibido..

—Pero...

Otra vez tía María se quedó con el *pero* en la boca, pues se oyó la voz de Catana que, gritando desde el vestíbulo, preguntaba:

—¡Demetrio!, ¿dónde estás?

Con ojos centelleantes, respirando fuerte y las mejillas arreboladas, entró Catalina en el salón.

Al ver a Demetrio no pudo contener su alborozo y alegría. Era tan grande su contento que, no respetando la presencia de las augustas señoras, se dirigió corriendo hacia él, que todavía permanecía de rodillas, y lo despeinó completamente.

—¡Ahora sí que me las pagas!—gritaba Catalina, mientras seguía su obra destructora contra el peinado de Demetrio.

Era tan franca, tan noble su risa, que tía Sofia los contemplaba llena de embeleso.

En cambio, para su hermana María, aquellos juegos y aquella situación de cosas, denigraba y, no pudiendo dominar sus nervios, gritó con voz autoritaria:

—¡Demetrio! ¡Basta de juegos!

Deseando temperar aquella situación, y con un sentido más práctico de la autoridad, tía Sofia se expresó así:

—Tiene razón María; basta de locuras. Tú, Demetrio, ve a cambiarte de ropa, pues vas todo sudado y lleno de polvo. Y tú, Catalina, prepara la mesa para cuando el Príncipe esté listo de arreglarse.

Los dos jóvenes se miraron, comprendiendo lo que aquella orden significaba, pero sus pocos años no encontraron justificación al origen de quererlos separar.

Viendo que permanecían inmóviles, tía María, repitió, parándose en cada sílaba para demostrar la distancia que había de uno a otro joven:

—¡Catalina, te han dicho que prepararás la mesa para cuando el Príncipe estuviese listo!

—En seguida, señora—contestó Catalina, bajando la cabeza.

\* \* \*

Una tarde, cuando el sol se retiraba a su ocaso, y el aire era fresco y perfumado, encontrábase al Príncipe Demetrio Iván Neklindof sentado a la sombra de un álamo gigantesco, leyendo a uno de sus autores predilectos: Enrique Jorge.

La carreta, que había visto a lo lejos, ahora pasaba delante de donde él estaba sentado. Venía llena de paja, y revuelta, casi hundida en ella, asomaba la cabeza de negras hebras de Catalina.

Ver a la muchacha y correr hacia ella, fué obra del pensamiento.

—¡Catalina, qué suerte de encontrarnos! dijo lleno de alegría.

—¿Dónde estabas escondido, Iván?—preguntó asombrada Catalina.

—En el cielo, para verte mejor—y soltó una franca carcajada.

En esto, la rapaza había bajado de la carreta, quedándose sentada en la parte de atrás. De un salto, Neklindof, se colocó a su lado.

Y los dos se echaron a reír, pero de pronto Catalina se puso seria, al notar que una de sus manos estaba cogida por las del Príncipe, cosa que no había observado antes debido a la excitación que le dominaba al relatar su pendencia.

Como viera éste que la muchacha quería retirarla, le dijo, con voz enternecida por la emoción:

—Catana, mi querida Catana, cada día soy más feliz a tu lado.

La muchacha, al oír tales palabras, enrojeció.

—Te quiero con toda mi alma—continuó Demetrio—; te amo como si fueras mi hermana.

—¡Qué bueno eres, Demetrio!—agradeció ella.

—A ti te debo las mejores horas de mi vida—añadió, por el nuevo sentimiento que germinaba en su alma: el amor.

Por los hermosos ojos de Catalina se deslizó una lágrima, como si con ella quisiera dar gracias a las puras frases que le decía Iván..

—¿Lloras, Catalina?—preguntó Iván, al ver el llanto que embargaba a la muchacha.



—¡No, no!—contestó ella, queriendo negar lo que a la vista estaba.

—¿Qué importa el llanto, cuando es la felicidad lo que lo ocasionara?—sentenció Neklindof.

—Es que dices unas cosas, Iván...

Pero él no la dejó concluir, al preguntarle:

—¿Verdad que tú también me quieres?

Haciendo un esfuerzo sobrehumano para contestar, dijo, con voz velada por la emoción que sentía:

—¡Más que a mi vida!—respondió, condensando en estas palabras todo su cariño.

Y al decir esto, su mano apretó con fuerza la del joven, como si quisiera sellar lo que sus labios habían dicho.

Los bueyes, como respondiendo a una consigna, empezaron a andar, y la carreta llena de paja y conduciendo a la enamorada pareja que, inconscientemente estaban tejiendo un hermoso idilio, se perdió por los verdes campos sembrados de amarillo trigo.

\* \* \*

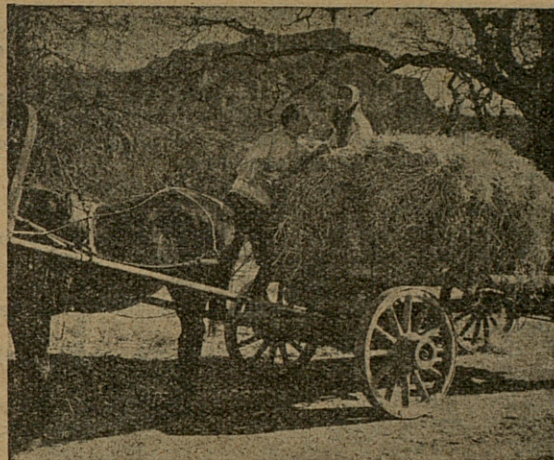
Todo era movimiento y agitación en el castillo de las Princesas Ivanovna. La servidumbre corría de un lado a otro para cumplir las órdenes que le dictaban las dos hermanas.

Aquella actividad era debida a que Demetrio Iván Neklindof había recibido una carta de su madre, en la cual le rogaba regresara inmediatamente a Moscou para hacer los preparativos y compras necesarias para equiparse debidamente, pues allí se había recibido una notificación emplazándolo para que se presentase dentro de aquel mismo mes en el regimiento de Guardias Imperiales.

Desde las tías María y Sofía hasta el chaval que cuidaba de apacentar las ovejas, todos rebotaban alegría al saber que Neklindof debía entrar al servicio de las armas.

La única persona que no compartía la satisfacción que experimentaban los demás, era Catalina.

En cierta ocasión, en que recibió Demetrio unos trajes que le mandaba su madre desde la capital, Catalina abordó la cuestión de que, tarde o temprano, tendrían que separarse.



—¡Catalina, que suerte de encontrarnos!

Neklindof, reteniendo la mano de Catalina entre las suyas y mirándola amoroso, le había dicho:

—Pequeña mía: es tanto lo que tu compañía me es necesaria para poder vivir, que el día que llegara a tenerme que marchar, creo me moriría.

Todavía vibraban estas palabras en sus oídos, y por eso no podía dar crédito a lo que sus ojos estaban viendo.

Desde que se recibió aquella maldita carta de la madre de Iván, los dos jóvenes, como presintiendo que algo muy grato se iba rompiendo dentro de sus almas, se rehuían, se esquivaban, no queriendo anticipar la triste escena de despedida.

Si por los largos y sobrios pasillos y corredores del castillo se encontraban, fingían prisa por cualquier causa y con una leve sonrisa se saludaban, continuando cada cual su camino.

Y fué el azar que los puso uno en frente del otro, para que pudieran decirse cuanto sentían sus almas, llenas de pureza y de amor.



En una de las habitaciones reservadas a Demetrio, se encontraba Catalina, cuando acertó a entrar en ella el joven.

Al verse, sus semblantes de tristes se volvieron alegres, pero no con aquella alegría que los caracterizaba, sino con algo fingido, como algo que se imponían para no causarse mayor dolor mutuamente.

—Te buscaba, Catana—princió el Príncipe, no sabiendo qué decir.

La muchacha hizo un esfuerzo para dominar su emoción y exclamó, sin querer contestar a lo que le decía Demetrio:

—¡Poco tiempo te quedà para marchar! No debes perder tiempo...

Y algo se le anudó en la garganta, no dejándola terminar.

Un profundo silencio fué el eco de sus palabras; pero Demetrio, no queriendo prolongar aquel martirio, le invitó:

—¿Quieres ayudarme a arreglar mis cosas?

Un leve movimiento afirmativo de Catalina fué la respuesta que obtuvo el Príncipe. Y en silencio, como si ejecutara un mito de alguna religión, la infeliz Catalina iba besando todos los libros, que representaban para ella algo sagrado. De sus manos pasaban a las de Neklindof, quien los metía en un saco de mano que tenía abierto encima la mesa.

Cuando hubieron concluido, Catana se acercó al joven y, sacando de su seno un retrato, le dijo:

—Demetrio: solamente Dios sabe lo que puede sucedernos mi deseo hubiera sido que jamás te apartaras de mi lado, pero tu posición y tus deberes te lo impiden...

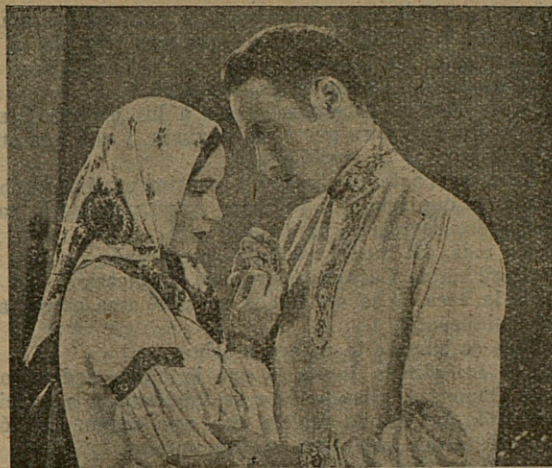
—Ya que a mí tampoco me es posible acompañarte por el camino de la vida, y para que siempre te acuerdes de Catana, te regalo mi retrato para que nunca olvides a quien tanto te quiere.

Y sacó del pecho un pequeño retrato suyo.

Demetrio estaba emocionadísimo al ver la sencillez de la muchacha, y con voz temblorosa pudo aún contestar:

—Gracias, Catana.

Demetrio tomó el retrato que, como prueba de su



—¿Porque no te llevas mi cruz?

amor, le ofrecía Catalina, y lo besó apasionadamente.

—Yo también deseo darte el mío—exclamó el joven.

Y como viera Catalina que buscaba en la maleta, se acercó más a él, y mirándolo tiernamente, le aseguró:

—Yo, sin necesidad de retrato, tendré siempre vivo tu recuerdo.

Entonces, el Príncipe, le cogió la cintura y en sus labios, pálidos y temblorosos, puso un beso de agradecimiento.

Cuando el éxtasis de aquel beso puro y fraternal se deshizo, Catalina insinuó:

—¿Por qué no te llevas mi cruz, y me dejas la tuya?

Sin responder, con verdadero fervor místico, Demetrio sacó la cruz de oro que del cuello le pendía, y, después de persignarse con ella, la besó, colocándola sobre los hombros de Catalina.

Esta, a su vez, hizo la misma ceremonia con la suya; y de manera tan sencilla como imponente, se cambiaron sus cruces, símbolo de eterna redención y máximo sacrificio.



Absortos quedáronse larga rato, prendidas las **manos** y los rostros juntos, no oyendo que una voz, de la galería contigua, les llamaba:

—¡Demetrio! ¿Dónde estás, Demetrio?

Era tía María. Al entrar y ver a los jóvenes juntos no pudo disimular un gesto de disgusto, y con voz enérgica rencovino a la muchacha:

—Catana: basta de juegos y sentimentalismos; baja el equipaje que tenga el Príncipe, y no pierdas la cabeza soñando, despierta, tonterías.

Y sin más, dió media vuelta y se marchó.

—¡Perdónala, Catalina!—suplicó Demetrio.

Y de la boca de la muchacha no salió una queja, sino estas palabras:

—Ella es buena; te quiere mucho.

Iba a cumplir la joven lo que le había ordenado la tía de Demetrio, cuando éste se adelantó a su acción, y, cogiendo la pesada maleta con una mano, tendió la otra a Catalina, mientras le preguntaba:

—¿Quieres que marchemos?

Catana no respondió, pero empezó a andar delante de Iván.

En el patio del castillo se encontraba toda la servidumbre.

\* \* \*

Una calesa algo antigua, pero bien conservada, esperaba al joven Príncipe.

Los caballos estaban impacientes, pues hacía largo rato que se aguardaban.

Tía Sofía daba las últimas órdenes a Tarass, el jardinero, a quien recomendaba procurase no olvidar ninguna maleta de su sobrino.

María, la mayor de las tías de Demetrio, se paseaba a grandes pasos, no comprendiendo cómo tardaba tanto en bajar Neklindof, pensando el correctivo que tenía que aplicar a Catana por retenerlo tanto tiempo.

Venían todavía cogidos de la mano, como queriendo resistir al destino que los separaba.

Demetrio desprendióse de la joven y fué a saludar a sus tías. Todo eran consejos y observaciones, deseando que su ingreso en el ejército fuese el principio de una brillante carrera militar.

El ánimo de Demetrio no estaba para ser sermoneado; por lo que con un beso a la frente de ambas señoras, se dió por despedido.

Rápidamente se acercó de nuevo a Catana, entregándole cinco rublos para que los repartiese entre la servidumbre que le había atendido durante su estancia en el castillo.

Su acción fué comprendida por alguien, circulando rápidamente.

Demetrio subió a la calesa, ordenando al cochera que se pusiese en marcha. Este fustigó a los caballos que emprendieron veloz carrera.

Toda la servidumbre saludó con gritos la marcha del Príncipe.

Tía Sofía agitaba un bordado pañuelo, con el cual, de cuando en cuando, se secaba los ojos, mientras que su hermana, a su lado, permanecía inmóvil, como petrificada, con los brazos cruzados encima del pecho.

Catalina había entrado de nuevo en el castillo y se asomaba a una ventana del último piso para poder seguir, con los ojos, más tiempo la calesa que se llevaba al pedazo de su alma.

Demetrio, de pie, erguido, con el gorro en la mano, siguió saludando hasta que unos abetos frondosísimos pusieron una valla entre él y los que quedaban en el castillo.

## VERANO

El calor era intolerable; no hacía un soplo de aire y el polvo que levantaban las caballerías con su andar parecía polvo de incendio.

Arrimados a una pared, cerca de un grupo de árboles, dos estudiantes estaban en pie ante un hombre que vendía limonada.

En una de las esquinas, un gran rótulo anunciaba una taberna, con el pomposo nombre de *El Águila de Oro*. Un dependiente grueso, con una camisa de color de rosa, sentado en un banco charlaba con los camareros, que llevaban una blusa que en algún tiempo había sido blanca. Las mesas estaban cubiertas por manteles sucios y asquerosos.



A medida que el tiempo transcurría y los relojes marcaban más avanzada la mañana, el calor aumentaba extraordinariamente.

Los transeúntes que en aquella hora pasaban por aquella calle, de suelo desigual y polvoriento, se aglomeraron cerca de un portal de una casa de aspecto aristocrático.

Una mujer, que, a juzgar por el cesto lleno de viandas que llevaba en la cabeza, venía de la compra, preguntó a uno de los mozos de la taberna, que regresaba del lugar en donde se reunía la gente:

—¿Qué ha ocurrido?

—Una desgracia más—contestó el interpelado, sin dar mayor importancia al asunto, sentándose de nuevo en el lugar que antes ocupaba.

La mujer, curiosa de por sí, se acercó al grupo. Tendido sobre los guijarros del suelo, con la cabeza más baja que el busto, estaba un hombre vestido con traje descolorido y deshilachado.

Todos le miraban compasivos, pero ninguno le socorría, hasta que a la mujer de la cesta se le ocurrió decirles, llena de humana indignación, al ver la pasividad de aquellas gentes:

—¡Desabróchenle la camisa, por Díos!

Entonces un policía *gorodovoy*, con sus dedos gruesos y temblorosos, empezó a deshacer los cordones de la camisa del infeliz, dejando al descubierto el cuello rojo, con las venas túrgidas, llenas de sangre.

—¡Ea! Váyanse de aquí; nada tienen que hacer en este sitio.

El público comentaba el suceso de las más variadas maneras.

Al ver que los cuidados que le había proporcionado el *gorodovoy* no mejoraban la situación del infeliz, con ayuda de dos hombres más, montáronle en un desvenado vehículo que por casualidad pasaba.

En el cuartelillo, el médico de guardia certificó la muerte por insolación del desgraciado.

Esto era lo que ocurría en el mes de agosto en un arrabal del viejo casco de la milenaria ciudad de Moscú.

En la calle más populosa e importante de aquel ba-

rrío, se elevaba, majestuoso y sobrio, el palacio en que vivía la madre de Demetrio Iván Neklindof.

En uno de los salones del rancio edificio, encontramos a Demetrio Iván Neklindof, mirándose a un gran espejo.

Viste, por primera vez, el traje de la Guardia Imperial.

A deducir por la satisfacción que denota su semblante, está complacido de sí mismo y de lo bien que le sienta el uniforme militar.

No encuentra a su persona ningún detalle que desmere su arrogante figura, y en el colmo de la alegría y de la satisfacción, exclama, volviéndose hacia su ayuda de cámara:

—¡Espléndido!... ¡Sencillamente espléndido!

—¡Ahora, a ver a mi mamá!—y sin aguardar oír lo que, en su honor, dice el ayuda de cámara, sale rígido y precipitado de la elegante estancia.

En el *hall* encuentra a la Princesa, su madre, quien se queda maravillada de lo bien que le sienta el uniforme.

—¿Qué le parece, mamá?—pregunta Demetrio, queriendo conocer la impresión que le ha producido a la autora de sus días.

Sin quitarse los impertinentes, la Princesa continúa mirando arrobada a su hijo, hasta que al fin, exclama:

—Recuerda siempre, Demetrio, que tu padre perteneció también al ejército, ocupando el sitio más elevado en el Cuarto Militar del Czar.

Neklindof no contestó, pero por su mente pasaron algunos episodios de la vida de su padre, que no justificaban, ni con mucho, las palabras de la Princesa.

—Vida, honra y hacienda debes al Czar, y en su mano está el destino de todos; serle fiel es tu deber, y si así lo haces, tu madre te bendecirá eternamente.

Al concluir de decir esto, la Princesa cogió la cabeza de Demetrio con ambas manos y le besó en la frente.

Un corto silencio siguió a esta escena, en el cual, tanto la madre como el hijo, estaban emocionados.

La voz de un criado les sorprendió al anunciar:

—El comandante Schembock, aguarda a que Su Alteza lo reciba.

—Dile que pase—ordenó la Princesa.



Acto seguido, y cuadrándose en el marco de la puerta, se presentó el anunciado.

Era un hombre de mediana edad, más bien alto que bajo, de pelo negro con brillante bigote y pulcramente recortado, vestía con pronunciada elegancia el uniforme de Guardias Imperiales, cuyo grado de comandante paseaba, triunfal y orgulloso, por los salones aristocráticos.

—¡Felicitome, muchacho, de tenerte en mi regimiento!...

Y encarándose con la Princesa, continuó:

—Vuestra Alteza puede considerarse feliz de tener un vástago que tan admirablemente sabe llevar el uniforme más honroso de los ejércitos del Emperador.

—Gracias por la lisonja, querido Schembock—agradeció Demetrio, mientras su pecho se dilataba, lleno de felicidad.

—Caballeros: el tener que acabar una correspondencia urgente, me imposibilita de seguir haciéndoles compañía.

—Siento, señora, haber sido el motivo de tal demora—excusóse el comandante, y cogiendo nuevamente la finísima mano de la dama, la besó con el mayor respeto.

Erguida, noble, señorial, desapareció la Princesa, después de saludar con un leve ademán a su hijo.

Cuando quedaron solos el comandante y Demetrio, éste rogó le tomase asiento en un canapé, tapizado con riquísima seda de Grecia.

—Yo que fui íntimo amigo de vuestro padre, y como superior que soy, debéis permitirme que sea vuestro iniciador en el doble arte de la sociedad y de la carrera.

El Príncipe asintió.

—Necesitáis, para hacer vuestra entrada triunfal en el gran mundo, de la compañía de un hombre que esté avezado en las lides amorosas y guerreras. Y yo, desinteresada, voluntariamente, os digo: ¿Queréis aceptarme para que sea vuestro introductor, vuestro cicerone?

Y al decir esto, su fatuidad se desprendió de la máscara que le ocultaba.

—Desde mucho tiempo que sois íntimo de la casa,

por lo que a vos me entrego, convencido de que nada puede ocurrirme yendo a vuestro lado—confirmó el joven.

Levantóse para tirar el cigarrillo, arrellanándose de nuevo en el canapé, y prosiguió:

—El servicio del Emperador os brindará las más gratas diversiones de la vida: vino, mujeres y guerra.

Asombrado se quedó el joven al oír tales palabras. Recordó que, pocos momentos antes, la madre le recomendó que debía ser modelo de caballeros y honra de la nobleza.

Y Schembock continuaba:

—¿Queréis vino dorado, músicas deliciosas, mujeres divinas?

Demetrio estaba azorado, no sabiendo qué contestar.

—Pues ¡vamos al Casino!—terminó el comandante, levantándose.

Acto seguido, llamó a un criado, mandando que trajesen las capas, los cascos y las espadas de ambos.

\* \* \*

El Gran Casino Militar de Moscou era el sitio obligado de la *élite*.

En aquel instante el salón principal del Casino estaba en su momento culminante: todas las mesas estaban ocupadas; la luz era profusa y clarísima la atmósfera fresca y agradable. Todo era alegría; risas cascabeleadoras, no interrumpidas, daban la sensación del colmo de la felicidad humana.

Vemos en una mesa, sentados, al Príncipe Demetrio Iván Neklindof y al comandante Schembock.

Cualquiera que se fijara, notaría la diferencia que existe entre ellos; el Príncipe está cohibido, no sabiendo qué hacer ni qué decir, mirando azorado a todos y a todas partes; el comandante, tranquilo, acciona y habla con desenvoltura, pasea su mirada vivida y atrevida.

—¡Ánimate, Iván, ánimate!—dícele el comandante.

Demetrio no supo qué contestar.

Después de llenar nuevamente la copa de Demetrio, alzó la suya y le dijo:



—Camarada: levanto mi copa de dorada champaña para brindar para que vuestra entrada en el gran mundo, frívolo y elegante, os depare los más gratos placeres.

—¡Hurra! ¡Hurra!—gritaba el joven, y su lengua se desataba a los efectos del alcohol.

—Así me gusta, muchacho—exclamó Schembock, escanciando champaña.

Pero Demetrio no lo oía; en su cabeza calenturienta una amalgama de ideas le obligaba a no poder parar atención en nada concreto. Por fin, pudo concentrar su mirada en una bella joven, alta, rubia, que ocupaba la mesa contigua a la suya.

Ofrecióle éste una silla, y, llamando a un camarero, ordenó:

—¡Otra botella de Cordon Rouge, muy *frappé*!

Algo entrada la noche, abandonaron las dos parejas el Casino.

—¡Muy bien, camarada! ¡Los soldados debemos divertiros por si morimos mañana!

—¿Morir? ¿Quién se acuerda de tal cosa, teniendo una mujer como ésta, al lado!—contestó el joven con palabras entrecortadas por el hipo.

Y las dos parejas se perdieron por las calles sombrías y desiertas, produciendo con su andar desigual y zigzagueante, sombras grotescas en el pavimento de las aceras.

Cuando apuntaba el alba, regresó a su casa el Príncipe Iván.

Venía deshecho, agotado, con ojeras pronunciadísimas.

Por fin, y después de titánicos esfuerzos, logró llegar hasta sus habitaciones. Sin desnudarse y sin quitarse el sable ni la capa, se tendió en el lecho, confiando a su blandura acogedora la reparación de fuerzas de que tan necesitado estaba su cuerpo.

\* \* \*

Dos años de placer incesante, llegaron a envenenar el alma de Demetrio Iván Neklindof de tal manera que no tuvo ni un instante para pensar en la aldeana que gemía dolores de ausencia en su triste soledad.

En tan corto espacio de tiempo, el joven Príncipe había gustado todos los goces de la vida.

Este era, ahora, aquel muchacho dócil y cariñoso que conocimos en la pequeña aldea que acostumbraba a pasar sus vacaciones.

Sus constantes preocupaciones consistían en el teatro y los bailes; los paseos a caballo y las carreras de obstáculos; la esgrima y los naipes; las lócuras desenfrenadas, el vino, la murmuración y las mujeres.

Había formado de la vida militar un concepto que tenía como base las palabras del comandante Schembock, y que expresaba así:

—Nosotros estamos dispuestos a sacrificarnos, así es que por mucho que nos divirtamos no perjudicamos a nadie y sería una verdadera locura no hacerlo.

Encontrámosle, a muy avanzada hora de la noche, en casa de una de sus amigas, en el preciso momento en que, levantándose de un muelle diván, recoge su capa. Al ver que Demetrio intenta marcharse, ella pregunta:

—¿Te retiras, mi bien?

—Sí; siento dejarte, querida, pero he de desayunar a las seis con el coronel... y debo dormir, siquiera un par de horas.

—Pero ¿si hace tan poco que llegaste?—observa la joven.

—Mañana te dedicaré toda la noche, pequeña.

—Entonces, ¿me llevarás al teatro?

—Sí; donde tú quieras.

Subió Neklindof al coche, dando orden de partir.

Poco había andado el carruaje, cuando, dirigiéndose al cochero, dijo el Príncipe:

—¡A la última, y de prisa! ¡Ya sabes la dirección!

Apeóse el Príncipe, y mientras sacaba de su bolsillo una llave de plata, dijo al cochero:

—Por hoy ya hay bastante; puedes marcharte; pero mañana me vienes a recoger a las doce.

—¿No manda nada más su Alteza?—preguntó, indicando que había entendido la orden.

El Príncipe no contestó y subió los pocos peldaños que separaban a la puerta de la calle. Abrió y entró en la casa.



Veloz, se desprende de la capa y casco, corriendo a incarse de rodillas en frente del lecho, mientras tiende sus manos a la hermosa Sonia.

—¡Cuánto he sufrido, por no poder venir antes!—dícele el Príncipe, ensayando una congoja que estaba muy lejos de sentir.

—¿Dónde estuviste, Iván?—pregúntale ella.

—En el cuartel, mi vida. Figúrate, una noche horrible de trabajo.

—¡Pobrecito! — contesta la muchacha, compadeciéndole.

—Vengo rendido, muerto; desearía descansar en seguida—suplicó Demetrio.

Y, levantándose, apagó la luz y empezó a desnudarse.

\* \* \*

Finalizaba el verano cuando un acontecimiento meteorológico puso en conmoción a todas las clases sociales del vasto Imperio.

La coincidencia de una aurora boreal con un cometa que surcaba el firmamento, sembró de terror a la supersticiosa Rusia.

Las gentes sencillas, sin mayor cultura que el trabajar en la tierra o en algún taller o fábrica, auguraban en tal fenómeno plagas, diluvios, terremotos.

Pero en los círculos y reuniones donde los problemas internacionales eran tratados con verdadera autoridad, alguien hubo, que estableció una relación con los preparativos militares que estaba haciendo Turquía.

Así es que, desde las fronteras occidentales hasta el lejano Oriente, circularon unas notas que decían:

*Tenidos siempre estos fenómenos celestes por fatídicos presagios, en el actual vemos el anuncio de una inminente guerra con Turquía.*

Y como el de la madre de Demetrio, el espíritu de Catalina sobresaltóse con el vaticinio sangriento.

Un poco de propaganda en favor del Imperio y contra el imperio musulmán, produjo una excitación bélica en todo el país.

Y como si los políticos y militares solo aguardasen aquella demostración del patriotismo de su pueblo, con-

centraron inmediatamente a gran número de regimientos.

Aquello fué tomado por la Sublime Puerta como una provocación, y después de cruzarse entre ambas potencias unas cuantas notas oficiales, fué declarada la guerra entre las dos naciones.

La Guardia Imperial, a la cual pertenecía el Príncipe Demetrio Iván Neklindof, recibió orden de ponerse inmediatamente en marcha, debiendo dirigirse a los campos de movilización de Odesa, desde donde partiría para la línea de fuego.

Rápidas, pero penosas, fueron las jornadas.

Faltaban pocas horas para que la tropa llegara al fin de su objetivo, cuando el coronel, viendo el cansancio que dominaba a su gente, y después de consultar con los oficiales, determinó hacer un alto en la marcha aquella noche, para llegar al apuntar el alba a Odesa, dando así un poco de descanso a sus hombres, que desfallecían.

En el camino que seguía el regimiento de Guardias Imperiales se encontraba la aldea de Pavono, donde tenían sus posesiones y castillo las tías de Demetrio.

A medida que el Príncipe Neklindof se acercaba a la morada donde tan felices horas había pasado, una nostalgia, mezcla de romanticismo y de desilusión, se apoderaba de él.

Recordaba aquellos lugares que antaño fueron testigos mudos de sus juegos.

Reconoció el árbol, de frondosa y verde copa, donde acostumbraba a leer por las tardes hasta que Catalina le avisaba para la merienda.

Y al venir a su memoria el nombre de la muchacha, un deseo de volverla a ver se grabó en su cerebro.

En esto, la cabeza de la columna entraba en la pequeña aldea.

En la verja del castillo, las dos Princesas, Sofía y María, se complacían viendo desfilar a los soldados, recordando todos los hechos más importantes de varios familiares que habían pertenecido al ejército del Czar.

En esto, pasó Demetrio montado en brioso caballo negro. Su juventud y su porte aristocrático realzaban la gallardía y arrogancia que le caracterizaba.

Y viendo a sus tías, saludólas y les dijo gritando:



—¡Como acamparemos cerca, vendré a pasar la noche con vosotras!

—¿Y vendrás, Demetrio?—preguntaron las dos a la vez, pues ninguna había oído bien.

—¡Sí! ¡Hasta luego!—afirmó el joven.

Casualmente, el Príncipe arreglóse el casco, levantando la cabeza. Sorprendido, admirado estaba de lo que veía. Asomada a una ventana del castillo estaba la rapaza que él había conocido, convertida hoy en una flor de exuberante belleza y fragante aroma.

Sonriendo, agitó la mano, en signo de saludo.

Viólo la joven, y sus mejillas sonrosadas se tornaron rojas. Sacóse el pañolón que cubría sus hombros y, agitando en el aire, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Dios te proteja, Iván!

¡Cuán lejos estaba de pensar que dentro de pocos instantes podría hablarle, preguntarle, contarle!

Todos le esperaban. Abrazos, besos, preguntas, informaciones, en fin, lo que sucede siempre después de larga ausencia.

La mesa estaba puesta, y como Demetrio tenía apetito, pasaron en seguida al comedor.

Demetrio no separaba la vista de Catalina, que iba ataviada con sus mejores galas. El tiempo la había hermo-seado tanto, que se prendió de ella completamente.

No comprendía cómo habiendo estado al alcance de su mano aquella fruta tan sabrosa, la había despreciado. Esta idea no se apartó de su mente ni un solo instante del tiempo que duró la cena.

Y esta lucha interna de sentimientos provocaba una excitación tremenda en el Príncipe, hasta obligar a tía Sofía a preguntarle:

—¿No te encuentras bien, Iván?

—Sí; admirablemente bien. Lo que me sucede es propio del cansancio de la marcha y del ajeteo de esos últimos días—contestó, queriendo con sus palabras ocultar lo que en su alma sucedía.

—Creo que tu cuerpo estará rendido, necesitando reposo.

Iván inclinó la cabeza, asintiendo.

—Siendo así—continuó—, que Catalina te acompañe

a tus habitaciones y que el Señor te dé una santa noche.

Y al decir esto le ofreció su frente para que la besara.

—Buenas noches, Demetrio, y que descanses—saludó María, cuya frente fué también besada por el joven.

Yambas se retiraron.

Catalina aguardaba en lo alto de la escalera, esperando a Neklindof para prepararle el té que antes de acostarse tenía por costumbre tomar.

Tan pronto como se vió libre de los cumplidos que lo ataban con sus tías, Iván subió rápidamente la escalera, y cogiendo a Catalina por el talle, la besó en la boca. Fué un beso cruel, de fuego, que llegó a abrasador, hasta lo más recóndito del alma de la muchacha.

Y sin soltarla, siguió el largo corredor que conducía a sus habitaciones. Neklindof hablaba con marcada agitación de los deseos que había tenido varias veces de hacer un viaje para verla, pero que nunca pudo realizar, debido a las obligaciones que le imponía el servicio; de lo mucho que había pensado en ella, consolándole de la prolongada separación, el mirar y besar continuamente su retrato; lo feliz que se consideraba al volverla a ver y encontrarla, ahora, más hermosa que nunca.

Absorta, azorada, oía aquella relación, que tanto desentonaba de las ingenuas conversaciones que antes tenían.

—Sí, sí—continuaba Neklindof en el colmo de la expansión—, deseaba verte, hablarte, para decirte que te quiero mucho, mucho más de lo que tú te puedes imaginar.

Y como él tratara de nuevo de besarla, se separó de sus brazos, diciendo::

—¡No eres el mismo, Demetrio!... Hay otro acento en tus palabras, otra mirada en tus ojos...

—El mismo soy, querida, pero lo que ha despertado mi amor inmenso, insospechado, es tu radiante hermosura.

—¡Calla, por Dios!

—¿Callar, cuando están hablando tus ojos centelleantes de pasión?

—Nunca habían salido de tus labios esas palabras, Demetrio.



—Porque nunca había sido tan fuerte la llama que aviva mi amor.

—¡Por piedad: sósíégate, cálmate!—suplicaba Catalina.

Pero él no la escuchaba, seguía delirando ardientes palabras que se filtraban en el alma pura y candorosa de Catalina.

—¡Dime que me amas, que siempre será mío tu amor!

Catalina, sin levantar los ojos del suelo, que estaban arrasados en lágrimas, preparó el té, y una vez lo hubo servido, abrió la puerta y se marchó..

Durante este tiempo, Neklindof, se había echado en la cama, y seguía, en silencio, los movimientos de la muchacha. Cuando Catalina se retiraba, tentado estuvo de levantarse e impedirlo, pero una fuerza interna lo retuvo en la cama.

\* \* \*

Demetrio, no pudiendo conciliar el sueño, bajó al jardín.

Neklindof pensaba en Catalina. No podía olvidar el sabor agradable de aquel último beso. Jamás mujer alguna había dejado en su alma huella tan profunda.

—¡Deseaba, tenía necesidad de verla de nuevo!

A grandes pasos se acercó a la ventana del cuarto de la muchacha.

El corazón le latía con fuerza tal, que hubiera podido contar sus latidos.

Observando aquel rostro pensativo, atormentado por una lucha interna, en la cual el alma femenina, la pasión de la mujer y el recato de la doncella libraban una guerra a muerte, sintió una piedad; pero, cosa extraña, aquella piedad aumentó su desenfrenado deseo.

Llamó discretamente a los cristales. Catalina se estremeció como tocada por una descarga eléctrica y un temblor súbito apareció en su rostro; luego se puso en pie, y aproximándose a la ventana apoyó la frente contra los cristales.

Contrariado Demetrio separóse de la ventana, alejándose. La noche continuaba apacible y tranquila; sólo el río persistía dejando oír su rumor.

El Príncipe anduvo un rato de aquí para allá. Su

desigual andar denotaba la batalla que se libraba en su alma.

Aproximóse nuevamente a la ventana a través de cuyos vidrios vió a la joven arrodillada delante de un cuadro de la Virgen. Iba a llamarla, cuando las frases entrecortadas de un rezo, lo detuvieron; aplicó el oído a los cristales y oyó que decía:

—Amparadlo, Madre mía; guarda su vida... y haz que yo sepa resistirle para ser digna de su amor.

Profunda impresión le causaron estas palabras, pensando en marcharse; pero, con todo, fué más fuerte el deseo de hablar con ella; llamóla por su nombre, y acudió ella de nuevo a la ventana.

Suplicó él, con voz lastimera y dolorida, viendo que se negaba a correr el pestillo:

—Pero, a través del cristal, los besos son algo muerto, les falta la vida y el calor de tus labios.

Moviendo su cabecita de uno a otro lado, le contestó negativamente.

Pero él insistía, dando a su voz modulaciones de agonía.

Entonces ella accedió, no pudiendo resistir por más tiempo. Con cuidado, sigilosamente, abrió una de las dos hojas de la ventana.

Impaciente y anhelante tendió sus brazos a Neklindof; él la cogió por el talle y, apretándola con fuerza, levantóla la cabeza, y sus labios encontraron los labios que buscaban.

Así, de pie en el ángulo de la entreabierta ventana, estrechamente unidos, abrazados, sentía él aumentar el ansia de su deseo; cuando de pronto un leve rumor en el jardín les sobresaltó.

Asustada, díjole Catalina, mientras se separaba de sus brazos:

—Vete, Demetrio... yo te lo ruego... ¡Es tu deber! !

Cerró la ventana y puso el pestillo.

Disgusto prodújole al Príncipe que acabara de tal manera aquella aventura que ya tocaba a su fin, por un fútil ruido de la hierba que el viento había azotado; cuando el crujir de una silla en el cuarto de la muchacha incitó su curiosidad y miró nuevamente por la ventana.

Catalina estaba sentada en una silla, sacándose las



medias; una ligera y bordaba camisa moldeaba su escultural cuerpo.

La visión de aquella escena, fué el espolazo que necesitaba el deseo para romper todos los escrúpulos que podía sentir todavía el Príncipe.

Precipitadamente dirigióse hacia la casa, entrando por la puerta del servicio. Una vez dentro, con paso cauteloso se encaminó al lugar del Palacio en que estaba situada la habitación de Catalina; descalzo, para no hacer ruido, acercóse a la puerta de la joven: todo estaba tranquilo, pero la muchacha todavía no dormía, pues se la oía respirar. En efecto, apenas hubo murmurado: —¡Catalina!—ésta se levantó y le rogó que se marchara.

Y como la joven oyese que Neklindof tanteaba la puerta, rogó:

—¿Qué haces?... Es imposible... ¿Y las señoras?... —balbuceaban sus labios; pero todo su ser parecía exclamar:—¡Soy tuya; toda tuya!

Esto fué lo que oyó Demetrio.

Y él continuaba suplicando, en el delirio de su pasión:

—¡Sólo un beso de despedida antes de partir para la guerra! ¡El último, Catana! ¡El último, pues piensa que pueden matarme!

Un momento de silencio. Después sintió que una mano tocaba la cerradura; cedió la puerta, y Demetrio entró.

\* \* \*

Cuando ella, temblorosa y muda, sin responder a sus palabras, le dejó, salió Neklindof al aire libre. La noche se aclaraba, percibiéndose mejor el correr y saltar el agua del arroyo. La luna, tenía un círculo más ancho, alumbrando, con su luz triste y moribunda, algo pavoroso.

En el reloj del castillo dieron las cinco. El ruido metálico de las horas le recordaron que dentro de poco rato pasaría a recogerle el comandante Schembock, para incorporarse nuevamente al regimiento que debía continuar su marcha hacia Odesa.

Demetrio sentía marcharse, porque comprendía que aquel amor le podía aún proporcionar momentos de

ilusión y de placer, pero por otro lado, aquella marcha precipitada le daba la solución para romper un lazo del cual más tarde la fuera difícil o tal vez imposible desligarse. También se le ocurrió, que debía dar dinero a Catalina, no precisamente porque ella lo necesitara, sino porque así lo hacen todos.

Llegó el día de la marcha y cuando Demetrio se hubo desayunado esperó a la chica en uno de los pasillos del comedor, pero al verle Catalina, quiso meterse rápidamente en la sala del servicio, pero él la detuvo con una mirada.

—Aguarda...

—¿Para qué?

—Deseo decirte adiós.

—No quiero...

—Yo sí—dijo él.

Y quiso acercársele para cogerle una mano, que ella apartó rápidamente.

—Más que una marcha, parece una huída—contestó Catalina.

No pudieron decir más, pues se acercaban las tías de Demetrio.

Despidiéronse y Catalina siguió el coche hasta las afueras de la población, hasta que se perdió por entre la espesura, rompiendo a llorar, pues presentía que principiaba una era de desdicha para ella.

¿Acertaría Catalina Máslova?...

## OTOÑO

Imponente y tétrica visión dantesca...

Un cielo encapotado, gris, manchado de negros nubarrones, que se interponían, cada vez con menores intervalos, entre un sol triste y tan débil, que casi no dejaba sentir su luz vivificadora, hacía prever que una lluvia próxima y purificadora iba a limpiar en parte los horrores de la gran tragedia de aquel día.

El famoso ejército del Czar había sufrido una imponente derrota en las llanuras de la frontera ruso-turca.

Y así, confundiendo el zumbido del cañón con el bramido del trueno, el fulgor de los relámpagos con el



resplandor de los incendios, y el ruido de la lluvia con los ayes de los heridos, transcurrió aquella noche cruel y terrible del mes de octubre, que fué la última jornada del capítulo macabro de la obra que concibieron dos locos soberanos.

\* \* \*

Volvamos por un momento nuestra vista hacia la pequeña aldea de Pavono, donde había quedado Catalina sola, con su amor y sus esperanzas.

Los días transcurrían en dolorosa espera de alguna noticia del ser adorado, pero las semanas pasaban y tan solamente se sabía que Demetrio se batía en el frente turco.

¡Cuántas noches, al encerrarse Catalina en su alcoba, caía de hinojos ante la Virgen y sus labios, después de murmurar una oración, imploraban con toda su alma!

—¡Salvadle, Virgen buena! ¡Que vuelva pronto!

Una angustiosa sorpresa vino a alterar por completo la vida de Catalina. Sintió que dentro de su ser se agitaba una nueva vida y el espanto que le produjo que su deshonra fuese conocida por todo, la sumía en una cruel desesperación.

La guerra había terminado. Al fin, los hombres se habían consado de matarse unos a otros y los mismos campos que fueron hasta hacía poco tristes testigos de la ferocidad humana, volvían a adquirir su antiguo esplendor. Ya no eran las ruedas de las mortíferas máquinas de guerra las que pasaban sobre ellos, sino el noble arado, el que surcaba sus tierras, como queriendo borrar para siempre la inmensa tragedia.

El Príncipe Demetrio Iván, había recibido una carta cariñosa de sus tías, rogándole que al pasar por la aldea se detuviera unos días en ella, pero Neklindof, vuelto de nuevo a su pasada vida de placeres, entregado por completo a las mujeres y al vino, se olvidaba de los más tiernos afectos de su niñez. Alguna que otra vez acudía a su memoria el amable recuerdo de sus tías, la dulce amistad de Catalina y, al llegar aquí, su conciencia le acusaba de un delito no reparado todavía, pero el Príncipe procuraba callar este grito de bondad con otro de puro egoísmo, diciéndose:

—No soy yo el único. Sucede siempre así. Lo mismo hizo Schembock con la institutriz, mi tío Gregorio, y hasta mi padre ha tenido un hijo, que vive todavía en Mitinka. Si todos obran lo mismo, ¿por qué he de ser diferente a los demás?

De esta forma se esforzaba Neklindof por olvidar y acallar sus remordimientos, mas no lo conseguía. El recuerdo de la noche pasada en la habitación de Catalina le oprimía, le atenazaba la conciencia. Estaba seguro que había obrado con una crueldad inaudita, con la villanía de un ser pervertido y no sabiendo cómo proceder, tomó el partido de olvidar. Para ello nada mejor que rehusar la petición que le hacían sus tías, y así lo hizo.

El día de su paso por la aldea, envió un telegrama a las Princesas que decía:

"Pasaré por la noche en tren especial. Siento, queridas tías, no poder detenerme como prometí.

"Abrazos.

Demetrio."

Catalina supo el contenido de este telegrama y aquella noche, después de ayudar a desnudarse a las solteronas, se puso un pañuelo en la cabeza y se fué a la estación, donde a las dos de la madrugada debía estar el tren que conducía a Neklindof.

Cuando llegó a la estación, el convoy iba a ponerse en marcha. La campana había dado ya dos toques anunciando la salida. En un vagón de primera clase, Catalina vió al Príncipe. El departamento en que viajaba estaba alumbrado por una luz muy viva, donde dos oficiales jugaban tranquilamente a las cartas, para distraerse de las molestias del largo viaje. El Príncipe Demetrio Iván Neklindof, apoyado en uno de los sillones, luciendo la blancura de la camisa, reía estrepitosamente, abrazado por una de las mujeres que los acompañaban. Catalina se fijó en ellos y sintió una dolorosa punzada en el corazón. Algo así como si una mano de hierro se lo arrancase del pecho y con infernal complacencia lo estrujase entre sus dedos.

Por un momento quedó anonadada por el doloroso desencanto, pero aun tuvo fuerza para acercarse a los cristales de la ventanilla y llamar con sus dedos rígidos



por el frío. En aquel momento sonó de nuevo la campana, el enorme reptil de acero sintió una estrepitosa convulsión y las ruedas del tren chirriaron sobre los raíles, moviendo lentamente los vagones. La joven llamó de nuevo, acercándose más aun a la ventanilla y siguió la marcha del tren, andando de prisa, para no perder el departamento del Príncipe.

Un grito de dolor se escapó del pecho de la pobre muchacha.

—¡Se va!... ¡se va!... ¡Demetrio!... ¡Demetrio!...

Uno de los oficiales trataba de bajar el cristal y Neklindof creyó oír que le llamaban.

—¿Quién es?—preguntó a su compañero.

—Es una muchacha que pide limosna—contestó, convencido de ello, el otro oficial.

¡Contraste cruel del Destino! Mientras él, el malo, el perverso, iba muellemente sentado en una poltrona de terciopelo, en un vagón elegante, ella empezaba a sufrir el castigo de una falta de la que era casi irresponsable, abandonada en mitad de las tinieblas, bajo el viento y la lluvia, llorando tan desesperadamente que un horroroso pensamiento cruzó por su mente: P-rnsó echarse bajo la máquina del próximo tren que llegase y así acabar de una vez con su vida.

En aquel instante, algo se agitó en sus entrañas. Era él, su hijo, y desechó la idea de la muerte. Ahora más que nunca tenía la obligación de vivir para ampararlo, para cuidar de él, para que nada le faltase.

Algo más tranquila se puso otra vez el pañuelo, que se hallaba caído junto a ella y, cansada y angustiada, se fué hacia la casa, temiendo que su salida hubiese sido advertida.

\* \* \*

Desde aquel día una idea se aferró a su cerebro. Deseaba huir, huir muy lejos, antes que se conociera su vergüenza, adonde nadie supiera de ella. Trabajaría, lucharía con la vida a brazo partido, hasta conseguir que el fruto de sus amores no necesitara de ella y después... después, Dios guiaría sus pasos hacia la venganza...

Las Princesas no tardaron en conocer su estado. Fué uno de los momentos más angustiosos de su vida. Las



—¡Se va! ¡Se va!... ¡Demetrio!

ancianas preguntaron, y ella no mintió, dijo toda la verdad. ¿Para qué mentir? No hubiera confesado y su actitud habría sido mudo delator de lo que pasaba en su alma.

Las señoras terminaron conviniendo en que debía separarse de ellas y María Ivanovna le dijo:

—Prepara tus cosas, Catalina. Por la mañana saldrás de esta casa por siempre.

La muchacha no se atrevió a responder. Ya nada le importaba, pero aun tuvo el consuelo de la Princesa Sofía, que, no por menos intolerable, era más comprensiva, más humana...

La admitió como huésped a una vieja aldeana que vendía vinos y que a ratos hacía de comadrona y esperó tranquila a que llegase la hora.

El "hecho" sucedió y Catalina Máslova sufrió sus efectos con una fiebre puerperal que la tuvo varios días postrada en cama.

El niño, enfermizo de nacimiento, murió a los po-



cos días de ver el mundo, dejando otra vez sola a la pobre madre.

Cuando Catalina se apercibió de su nueva desgracia, no tuvo ni una protesta, ni un solo lamento... parecía que la fuerza de su dolor la había insensibilizado.

Pasaron algunos días y la escasez de dinero obligaron a Catalina a buscar una nueva colocación, y entró en casa de un guardabosque.

Pero, indiscutiblemente, su belleza había de ser su peor enemigo, y a los pocos días de su nuevo empleo, el guardabosque, que estaba casado, empezó a requerebrarla.

Intentó ella esquivar tales escenas,, pero no podía evitarlas.

Un día los sorprendió la esposa y, después de pegarla, hasta hacerla sangrar, la echó de la casa sin abonarle lo que le debía.

Fué a una agencia de colocaciones y esperó varios días, hasta que por fin encontró lo que buscaba en la casa de una viuda que tenía dos hijos.

El trato amable de la dueña y el poco trabajo que tenía le hicieron prever un florido oasis en el desierto de su vida, pero transcurridos pocos días, el hijo mayor, estudiante a quien apenas apuntaba el bozo, se encaprichó de ella y abandonó los libros para cortejarla. No tardó la madre en advertir la afición que sentía su hijo por la sirvienta y, sin detenerse a examinar de quién pudiera ser la culpa, la arrojó a la calle.

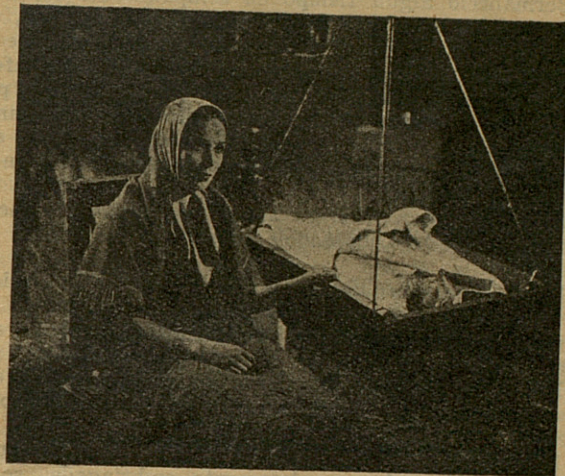
Nuevamente se fué Catalina a vivir a casa de su parienta, hasta que un día, estando en la agencia de colocaciones, entró una señora muy halajada, quien se enteró de la situación en que se encontraba la pobre muchacha, y acercándose a ella le dijo:

—Me he enterado de que te encuentras sin colocación.

—Así es, señora—repuso la joven humildemente.

—Pues, si quieres, puedes venir esta tarde a mi casa, que yo te proporcionaré una que ha de agradarte. Le dejó la dirección de su domicilio y por la tarde fué a la casa de su espontánea protectora.

A la caída de la tarde, un hombre de alta estatura y de largos cabellos, con una barba gris, entró en la casa y se sentó familiarmente al lado de la dueña. Este



El niño enfermizo de nacimiento murió...

le hizo una seña y ambos penetraron a una habitación vecina, sin que la joven pudiera oír lo que decían.

Al cabo de un rato salió la mujer y le dijo:

—Este señor es un escritor muy rico y te regalará cuanto quieras si sabes complacerle.

Debió quedar complacido el escritor de la entrevista con la muchacha, puesto que al despedirse de ella le regaló veinticinco rublos, prometiéndola volver a verla muy pronto.

Lo mismo que la espuma se fué aquel dinero de sus manos. Entregó una parte a la planchadora para pagarle los días que la había tenido en su casa y con el resto compró un vestido y un sombrero.

Continuó viendo con frecuencia al escritor, hasta que éste le propuso un día:

—Máslova, lo mejor que podemos hacer es alquilar un cuarto y vivir en él.

—Haz lo que te parezca—contestó ella con un poco de esa desenvoltura con que suelen hablar las mujeres de vida licenciosa.



Permaneció algún tiempo en compañía del escritor, en completa inconsciencia de los días que pasaban, olvidando todo su pasado y sin más preocupación que la de vivir. Después de todo, ¿quién era ella? ¿Qué afectos la ligaban al mundo? Lo había perdido todo y por si algo le quedaba aún, había perdido hasta su timidez. Su compañero la enseñó a fumar y un joven dependiente, de quien se creyó enamorada, la inició en el vicio de la bebida.

Estas nuevas relaciones fueron conocidas del escritor y la abandonó, dejándole en el piso que habían alquilado.

Esperó encontrar alguna nueva colocación de sirvienta y durante este intervalo conoció a una mujer de pésimos antecedentes, que se dedicaba a reclutar pobres desgraciadas.

Pronto comprendió la infame mujer que la Máslova era carne propicia para su ruin negocio y a los pocos días la invitó a comer con ella.

Durante la comida la hizo comer con exceso, y cuando consiguió verla completamente embriagada, se le ofreció para hacerla entrar en una casa espléndida, enumerándole minuciosamente las comodidades y los privilegios de la vida que le proponía.

Además, la indigna mujer le hacía ver la desventaja de una vida dedicada por completo al servicio de los demás, teniendo que sufrir la obsesión brutal del hombre, sin provecho alguno y los beneficios de la que ella le proponía, retribuida con largueza.

Empezó entonces para la Máslova una vida horrorosa, llena de iniquidades, de constante violación a las leyes humanas y divinas.

Toda la mañana y casi la mayor parte del día lo pasaba durmiendo.

\* \* \*

Su nueva vida, los amigos y los placeres, ayudaron al Príncipe Demetrio a olvidar a Catalina. A medida que su vida iba adquiriendo nuevos horizontes, el recuerdo iba esfumándose más, hasta que llegó a desaparecer por completo. Sólo una vez que fué a ver a sus tías y supo que Catalina había sido arrojada de la casa poco después de su marcha, que había tenido un

niño y que después desapareció por completo, sin que nadie pudiera dar señales de ella, sintió que un sentimiento desconocido le oprimía el corazón.

—Pero, ¿nada habéis vuelto a saber de ella?—preguntó a las solteronas.

—Nada. Parece como si se la hubiera tragado la tierra—contestaron éstas.

—Sin embargo, es extraño, porque Catalina jamás había salido de esta aldea—insistió Neklindof.

—No te extraña. Catalina tenía a quien parecerse. Su madre fué una mujer depravada, que según dicen, llegó incluso a matar a sus hijos. Así es que no es extraño que la hija haya seguido el mismo camino.

Esta afirmación de sus tías, casi le produjo un íntimo placer. Se vió libre de la gran responsabilidad que se creía haber contraído con la seducción de la muchacha.

Fueron pasando los años y el Príncipe empezó a sentirse hastiado de los placeres. Era joven y, sin embargo, su cabeza se hallaba poblada de abundantes hebras de plata.

Se alejó de las mujeres y se entregó a su pasión favorita: la pintura.

En esta época murió su madre, dejándole heredero de una inmensa fortuna y, aburrido de su vida de militar, pensó retirarse del ejército.

—Pero, ¿a qué pertenece tu determinación?—le preguntó el comandante Schembock, al enterarse de sus propósitos.

—A que quiero vivir mi vida independiente, sin sujeción alguna, disponer de mi voluntad, de mi persona, sin tener que estar sujeto al capricho de un superior.

—Tú estás enamorado, Demetrio.

—Así es, en efecto, pero no de lo que tú te crees. Estoy enamorado de la pintura. Estoy seguro que en este arte llegaré a ser una celebridad y por eso quiero abandonar el ejército, para marcharme a Roma y dedicarme por completo a mi única pasión.

Fueron vanas todas las razones y consejos del comandante Schembock para conseguir que aquél abandonara su idea.

A los pocos meses de esta conversación, el Príncipe Iván Neklindof, abandonaba la Corte de Rusia y se instalaba en un lujoso hotel de Roma. Allí permaneció



largo tiempo dedicado, sin provecho alguno, a la pintura, hasta que sus administradores le instaron a que marchase con urgencia a sus posesiones, para arreglar los asuntos de la herencia de sus tías Sofía y María, que también habían muerto.

Aquellas cartas alegraban y entristecían a un tiempo a Neklindof. Le producía una íntima satisfacción el saberse dueño de un patrimonio tan vasto y que le pertenecía sin restricción alguna. Sin embargo, este pensamiento se desvanecía pronto con el recuerdo de sus primeros años, de juventud, cuando, seducido por las teorías de Spencer y de Henry George, no sólo había pensado, proclamado y escrito que la tierra no puede ser en ningún caso propiedad individual, sino que, para que sus actos respondieran a sus ideas, había cedido a los aldeanos las tierras heredadas de su padre. No obstante, renunciar a sus dominios le era imposible, porque tales tierras constituían toda su fortuna.

Sin saber cómo, en los salones elegantes empezó a circular la noticia de que el Príncipe Demetrio Iván Neklindof iba a contraer matrimonio con la Princesa Korchagin, pero Demetrio se defendía, más que por voluntad, por esa indecisión que experimentan todos los hombres cuando llegan a cierta edad. Además, Neklindof tenía otra razón poderosa para no comprometerse en aquellos momentos, aun cuando hubiera estado decidido a casarse.

El principal motivo eran las relaciones amorosas que sostenía con María Vasilievna, esposa de un mariscal de rancia nobleza.

El Príncipe, a pesar de su vida de fáciles placeres, era muy tímido con las mujeres, y precisamente esta timidez había inspirado a la mariscala el deseo de conquistarlo.

Poco a poco consiguió ir envolviéndolo en las redes de unas relaciones, que cada vez le absorbían más y se le hacían más pesadas.

Estas relaciones le preocupaban ya demasiado y más de una vez, creyendo que el esposo ultrajado estaba al corriente de ellas, se había preparado para batirse, dispuesto siempre a disparar al aire o a dejarse herir, antes que causar el menor daño al mariscal.

Sin embargo, y aun cuando le pesaban estas relaciones, le molestaba el rumor que corría de que cierto oficial le hacía la corte a María Vasilievna. Averiguó la verdadera causa de lo que se hablaba y la propia María Vasilievna se lo confirmó diciéndole:

—¡Sí, yo creí que tú lo sabías! Es un muchacho muy apuesto y noble, que desde hace tiempo me agobia con sus galanterías.

Neklindof sintió tal indignación, que estuvo a punto de abofetear a la mariscala, pero se contuvo y se despidió de ella diciéndole:

—No esperes que después de esto volvamos a vernos más.

Y así terminaron los últimos amores del Príncipe Demetrio.

\* \* \*

Mientras han ido sucediéndose los acontecimientos que acabamos de relatar, la vida, ajena a los dolores y a las miserias humanas, ha seguido su curso, el tiempo ha pasado y, después de transcurrir siete años, volvemos a encontrar a la Máslova en la misma casa en que la dejamos. Durante todo este período su vida ha sido siempre la misma: un continuo sufrimiento, sin que nada ni nadie pudiera aliviar sus penas.

Había llegado a hacerse a su nuevo medio de vida y llegaba a justificarlo como una necesidad social.

Hasta esta fecha nadie se ocupó de ella; era una más entre tantas; pero un hecho, que conmovió a la mayor parte del público, atrajo sobre ella la atención de todos.

Desde hacía tiempo conocía a Simón Kirtinkin, empleado de una posada, quien había simpatizado con la muchacha.

Hasta ahora, nada anormal había sucedido, pero un día se presentó Simón en la casa en que estaba la muchacha y le dijo:

—Máslova, tienes que venirte conmigo a la posada, que te esperan.

La joven accedió y antes de salir preguntó al posadero quién era el que la esperaba.

—Es un comerciante muy rico que ha llegado hoy.



Trae dinero en abundancia y ganas de divertirse. Si no eres tonta, creo que podremos hacer un bonito negocio.

Ante la perspectiva de una buena remuneración, la Máslova se encaminó a la posada, y cuando llegó a ella se encontró al comerciante, llamado Simielkov, que estaba ya muy embriagado.

Al verle en aquel estado, la Máslova quiso marcharse; pero Simielkov la retuvo a viva fuerza.

Pasó la tarde sin que nada supiera Simón de su huésped, y cuando ya se disponía a acostarse, apareció Simielkov, completamente ebrio, preguntando por la joven.

Comprendió la Máslova que tarde o temprano tendría que acceder a lo que quería el comerciante y marchó a la posada, para tomar el dinero que le había prometido.

Cuando llegó a la posada, llamó a Simón y a la sirvienta Eufemia y les dijo:

—Simielkov me manda para que recoja un poco de dinero, ¿queréis acompañarme a su habitación, para que veáis lo que tomo?

Entraron los tres en la habitación y los posaderos vieron cómo, al coger la Máslova los cuatro billetes, dejaba en la maleta otros cuantos de cien rublos.

Por los ojos de Simón y de Eufemia cruzó, rápida, una mirada de codicia; pero se abstuvieron de decir nada a la Máslova, quien, terminada su misión, volvió de nuevo a su casa.

Bebieron aún más y luego Simielkov la dijo:

—Quiero que te vengas conmigo a la posada.

Y como viera que la Máslova no le hacía caso, se abalanzó sobre ella y forcejearon. En la lucha, el comerciante rompió una peineta que la muchacha llevaba, y para compensar su pérdida, se quitó un hermoso anillo que llevaba y se lo entregó, diciéndola:

—Toma este anillo; por mucho que valiera tu peineta, siempre saldrás ganando con el cambio.

Cogió la muchacha el regalo y cuando se lo hubo colocado en el dedo, el comerciante le dijo:

—Yo te di mi anillo.. Tú vas a darme un beso..

Lo rechazó la Máslova, pero su actitud lo único que hizo fué excitar aún más a Simielkov. Los ojos pare-



—Yo te di mi anillo. Tú vas a darme un beso

cían salirse de las órbitas, los dientes le rechinaban, por los labios se le escapaba una especie de baba, producida por el exceso del alcohol y todo en él acusaba a un hombre que acaba de perder la razón.

Pudo, por fin, salir un momento al corredor y le dijo a Simón:

—Estoy cansada, aburrida. ¡Qué contenta quedaría si me dejase volver a casa!

—También nosotros estamos cansados y no veo el medio de que ese hombre se acueste y nos deje tranquilos—repuso el posadero.

—Yo, la verdad—confesó la Máslova—, le tengo miedo. Daría cualquier cosa por poderme marchar.

Entonces el posadero sacó unos polvos que llevaba preparados y le dijo:

—Dale estos polvos y verás qué pronto se duerme; y así podrás marcharte.

Cuando volvió a entrar en la habitación, el mercader dijo a la Máslova:

—Dame de beber.



No podía presentársele mejor ocasión para darle aquellos polvos y que se durmiera, pensó la Máslova; y así lo hizo.

Al poco rato, Simielkov quedó profundamente dormido, y la Máslova salió de la habitación para marcharse a su casa.

En el corredor se encontró otra vez con Simón y su mante, que le preguntaron:

—¿Le has dado los polvos?

—Sí—respondió la Máslova.

A la mañana siguiente despertó sobresaltada, por los gritos de la dueña y las voces de varios hombres, que decían:

—Venimos por la Máslova. Está acusada de haber dado muerte a un comerciante en la posada de Simón Kirtinki y tiene que venir con nosotros detenida.

—¡Calumnia!—gritó la muchacha llorando—. ¡Yo no he matado a nadie! ¡Lo juro!

—Eso ya lo probarás cuando llegue la hora. Por lo pronto, te vienes con nosotros.

Lo que había sucedido, fácilmente se lo puede explicar el lector. El día anterior, cuando la Máslova fué a la posada para tomar los billetes que le había dicho el comerciante, Simón y Eufemia vieron que éste guardaba en la maleta una fuerte cantidad de dinero.

Sabían también que la Máslova nunca se habría prestado a su indigno propósito y decidieron aprovecharse de ella, sin que lo supiera, para llevar a cabo lo que se habían propuesto.

A tal efecto, prepararon aquellos polvos, que la Máslova dió al comerciante, diciéndole que era un simple narcótico para dormirlo, y de esta forma la inocente muchacha fué un poderoso auxiliar.

A la mañana siguiente, ellos mismos delataron a la Máslova, pero no obstante, fueron también detenidos, hasta que probasen su inocencia.

Ella pretendió justificar la propiedad de ésta y la adquisición del dinero que tenía, pero la acusación de los posaderos pesaba sobre ella y fué encerrada con los presos de delitos comunes, hasta que se viera su proceso.

Por un raro capricho del Destino, que a veces separa y une la vida dos veces, con uno de sus gestos irónicos,

el Príncipe Demetrio Iván Neklindof debía formar parte del jurado que tenía que ver la causa instruida contra Catalina Máslova.

La mañana que debía celebrarse la causa, mientras la Máslova esperaba, encerrada en la prisión de mujeres, que su inocencia fuera reconocida por los hombres, que se decían representantes de la Sociedad, el Príncipe Demetrio, el que la sedujera, se despertaba en su mullido lecho, cubierto de un rico edredón de seda.

Había terminado de almorzar e iba a abrir el correo que tenía preparado sobre la mesa, cuando entró Agripina Petrovna, el ama de llaves del Príncipe, a quien había visto nacer.

—Buenos días, Demetrio Iván—saludó la mujer.

—Muy buenos días, Agripina Petrovna—contestó Demetrio.

—Una carta para vos—dijo nuevamente el ama—. La ha traído la camarera de los Korchaghin y espera contestación en mi cuarto.

Neklindof rasgó el sobre y leyó el contenido de la carta, que decía:

“Según la obligación que me he impuesto de convertirme en vuestra memoria, os recuerdo que hoy, 28 de enero, debéis formar parte del jurado de la Audiencia, y que os será imposible venir con nosotros a Kološov como nos prometisteis ayer, con vuestra habitual ligereza, a menos que estéis dispuesto a pagar, por haber faltado a la sesión, la multa de trescientos rublos, los mismos que rehusasteis por vuestro caballo.”

En la otra página había escrito:

“Mi madre me encarga que os diga que vuestro cubierto estará puesto hasta la noche: venid, de todos modos, a cualquier hora que sea.

Z.”

Neklindof se quedó por un momento con la vista fija en el vacío y una sonrisa irónica asomó a sus labios, mientras pensaba.

Aquel billete era como una continuación del asedio que le ponía la Princesa Korchighin para que quedase encerrado en una red más tupidamente cada día.

Pasó a su despacho, para ver la hora que marcaba la citación y para contestar a la Princesa, excusándose de ir aquel día a comer.



Al poco rato salió el Príncipe Demetrio, y al ir a subir en su coche, el cochero le dijo, respetuosamente:

—Ayer tarde, cuando llegué a casa de los Príncipes de Korchaghin, el lacayo me dijo que vuestra Alteza acababa de salir, y por eso no lo esperé.

—Hasta los cocheros saben mis relaciones con los Korchaghin—pensó Demetrio, bastante molesto de que aquel asunto fuera del dominio público.

Y pensando en ello, no se dió cuenta del camino que recorría, hasta que el coche se paró en el patio del Tribunal.

Bajó del coche y entró en el vestíbulo.

—¿El Tribunal del distrito?—preguntó el Príncipe a uno de los ordenanzas.

—¿Cuál? ¿El civil o el criminal?—inquirió a su vez el empleado.

El Príncipe no entendía de esta distinción y se contentó con responder:

—Soy jurado.

—Entonces, id a la Sala de Audiencia—le indicó el ordenanza—. Tomad a la derecha y luego a la izquierda, la segunda puerta—. Y sin darle más explicaciones desapareció a lo largo del corredor.

## INVIERNO

Fría y cruel era aquella mañana.

Durante las últimas horas de la pasada tarde, la nieve había dejado de caer, y todos creían que el invierno les daría una tregua para reponerse del frío que les atería.

Sin dejar de nevar, amaneció.

Las tiendas y comercios de la populosa urbe, a medida que abrían, empleaban a sus dependientes en sacar la nieve de delante de las puertas.

La plaza donde se elevaba la mole de piedra que servía de edificio a la Audiencia, ofrecía aquella mañana un aspecto alegre y pintoresco.

Grupos de ciudadanos comentaban con los más variados criterios el suceso que había sido el eje de todas las conversaciones durante algún tiempo.

Cada cual, según sus sentimientos y educación, defendía o censuraba a los que tenían que ser juzgados.

Las palabras *piedad* y *justicia* eran glosadas en todas sus formas y derivaciones.

La *culpabilidad* y la *inocencia* tenían defensores improvisados que deseaban convencer a los que no opinaban igual que ellos.

En silencio y uno tras otro, fueron entrando en la mansión cuyo lema era una matrona con los ojos vendados, que sostenía una espada con la derecha y unas balanzas con la siniestra, símbolo de humana justicia.

\* \* \*

Numeroso público acudía aquel día a la Sala de la Audiencia, donde debía verse y fallarse la causa seguida contra unos infelices, acusados de haber asesinado al rico comerciante Smelkod.

Con paso sereno y porte distinguido, vemos a un antiguo conocido, a quien el tiempo ha dejado huellas de sufrimiento y de dolor en su expresivo rostro. Nos referimos al Príncipe Demetrio. Tal vez debido a la barba que circunda su rostro, aparece como algo envejecido. Tales fueron sus días de placeres, dilapidando fortunas que nada le costaron a él y sí, sólo a sus antepasados, para los que vanamente tiene de vez en cuando algún fugaz recuerdo.

Demetrio entró en la sala que correspondía a los señores jurados, y allí esperó hablando con los asistentes, la señal para asistir al juicio.

—El señor Presidente—anunció el ujier.

Todos los asistentes pusiéronse en pie y saludaron cortésmente al recién llegado, el cual contestó con una pequeña inclinación de cabeza.

Tras él, apareció el relator, con un enorme fajo de papeles, los cuales eran los autos del proceso.

—¿Qué proceso hemos de discutir primero?

—Creo que el de envenenamiento... es decir, si es que están las partes, pues ya sabe usted que el juez Nikitch siempre se retrasa.

—Entonces—dijo el Presidente—, avisad a los abogados y se podrá principiar.

El ujier de turno llamó a los señores jurados:



—Señores, vamos a pasar lista, para ver si están todos los citados.

Efectivamente, ninguno faltaba.

A una señal, el ujier anunció:

—Se ruega a los señores jurados se sirvan pasar a la sala.

Y con gran lentitud fueron pasando, uno a uno, ocupando los sillones reservados para ellos.

El fondo de la sala estaba ocupado por una gran tribuna, a la que se subía por dos escalones.

En seguida se presentaron el fiscal, los abogados y el relator, y el ujier de la voz tonante, anunció:

—El Tribunal.

Pusiéronse todos en pie, entrando primero el Presidente, seguido de los otros dos jueces.

Al poco rato y a una señal del Presidente, se ordenó fueran introducidos los culpables.

Abrióse una puerta y entraron cuatro guardias con los sables desnudos, a los cuales seguían los acusados.

Eran dos mujeres y un hombre, vestidos los tres con el traje de los presos.

El hombre tenía el mirar atontado, dando la sensación de que era un perfecto ignorante. Tenía la cabeza monda, dándole un aspecto de idiotez.

Una de las dos mujeres, ya entrada en años, asistía a aquella escena con la mayor indiferencia, la otra más joven era Máslova. Su entrada había llamado la atención de todos, pues las miradas se dirigían a ella exclusivamente. Su blanco rostro y aquellos ojos negros, expresivos y radiantes, daban la impresión de una belleza, a la cual no estaban acostumbrados los allí reunidos.

Constituido el jurado, el señor residente rogó al pope que les tomara juramento.

—Juro ante el Santo Evangelio y por la Cruz del Redentor, que en el proceso...

Esta era la frase de ritual, siguiendo las instrucciones del pope y una vez prestado el juramento, seguía la ceremonia sin interrupción y el cumplimiento de todas aquellas fórmulas que eran acostumbradas y parecían nuevas a cada juicio que se celebraba.

El Presidente pronunció su discurso inicial, recordando los derechos y los deberes de los jurados, así

como la enorme responsabilidad que pesaría sobre ellos, si no actuaban con entera justicia y equidad.

Luego dijo con voz enérgica:

—¡Simón Kaartinkine!

El preso se levantó rápido y tembloroso.

—¿Cuál es su nombre?

—Simón Petrovitch Kartinkine.

—Oficio.

—Aldeano.

—¿De qué provincia y distrito?

—Provincia de Tula, distrito de Kaprivo.

—¿Estado?

—Soltero.

—¿Ha sido procesado alguna vez?

—Nunca, señor, se lo juro a usted.

El Presidente le atajó rápido con la campanilla.

—Concrétese a contestar.

Hubo una pequeña pausa, y pronunciando claramente el Presidente, continuó:

—Se os acusa de complicidad en el asesinato del comerciante Smelkod... ¿Os confesáis culpable?

—No, señor, no, de ninguna manera, soy inocente. Me acusan porque me quieren perder...

—Basta—dijo el Presidente en tono que no dejaba lugar a discusión.

—¡Eufemia Botchkoda!

La mujer púsose en pie. Manifestaba tener cuarenta y ocho años y servía en la misma posada que Simón.

El interrogatorio fué rápido, pues la presidencia daba poca importancia a la acusada, por estar demostrada su culpabilidad, deseando aclarar pronto la situación de la otra acusada.

A continuación fué llamada la última de las acusadas.

—¿Cómo se llama?

—Máslova.

Al oír este nombre, el Príncipe Demetrio volvióse rápidamente, procurando distinguir la parte del rostro que dejaba libre el pañuelo que en la cabeza llevaba puesto.

—¡Qué parecido!... y su mismo apellido, no es posible.

Esta idea rápidamente circuló por su imaginación, como si quisiera engañarse a sí mismo, pues claramente veía que estaba en presencia de aquella infe-



liz muchacha, a quien había amado y que en un momento de locura y frenesí, había seducido, abandonándola a los embates de la vida.

—Máslova... pero ¿y el nombre?—añadió imperativo el Presidente.

—Antes me llamaban Catalina.

Es imposible, pensaba Demetrio; pero ante la realidad de la presencia de su víctima, se desvanecía la duda.

Allí estaba aquella muchacha que él sedujo y abandonó, cuyo recuerdo le apenaba.

—Se os acusa—dijo el Presidente—, de haber envenenado al comerciante Smelkod... ¿Os confesáis culpable?

—¡Soy inocente!

—¿Confesáis vuestro delito?

—Yo no tengo delito alguno—protestaba la acusada.

—Se os acusa de haber envenenado a Smelkod, para robarle el dinero y una sortija de diamantes.

—La sortija me la dió él.

—¿Qué oficio ejercitáis, pues?

No contestó y bajó levemente la cabeza.

—¿Qué oficio ejercitáis, pues?

—Desde hace siete años he vivido como he podido, he trabajado "alguna" vez...

—Referid al jurado cómo ocurrió el hecho.

—Kartinkin y Botchkova hacía varios días que venían proponiéndome que fuera a hacerles una visita, pues tenían hospedado a Smelkod, el cual decía estaba algo enfermo, y se aburría constantemente, insistiendo en que fuera a cuidarle, asegurándome que sabrían recompensarme bien. Como no tenía por qué negarme a sus deseos, accedí a ello.

Paróse de momento, como queriendo hacer memoria. Al cabo de un rato prosiguió:

—Yo creo que Smelkod estaba algo embriagado, pues por sus palabras y raros visajes, me lo dió a entender, y viendo que no cesaba en sus piruetas y gestos raros, empezó a alborotar, fué cuando procuré calmarle. La sortija de que se me acusa haberme apoderado, me la dió el propio comerciante voluntariamente. A todo esto, llamé a los criados Botchkoba y Kartinkin, a los cuales

indiqué que aquel hombre no estaba bien y que sería conveniente darle algún calmante, pues parecía que estaba loco. Me dieron un papel envuelto, diciéndome:

—Dale estos polvos y verás cómo se duerme en seguida."

—Precisamente en aquel momento acababa de ponerse vino en una copa, y vertí en ella el contenido del papel.

—¿Cuando pusiste los polvos en el vino, ignorabas que era un veneno?

—Yo no tenía motivos para dudar de lo que me decían, pues estaba convencida que eran polvos para dormir.

El Presidente estimó ya suficiente la declaración, y ordenó la lectura del acta.

Terminó la lectura el relator y los presentes lanzaron un suspiro de alivio, pensando que el juicio empezaba y que todo se aclararía pronto y que la justicia seguiría su curso.

Sólo Demetrio estaba asustado del delito de Máslova, a quien había conocido niña, pura e inocente.

Terminada la lectura de la acusación y previa consulta a los jueces, dijo el Presidente, volviéndose hacia Kartinkin:

—¿No os reconocéis culpable?

—No fui yo quien tomó el dinero.

—Bien, ya se decidirá.

La acusación entonces principió su interrogatorio, el cual demostró la culpabilidad de los dos empleados de la hospedería.

Finalizado éste, el Presidente tomó algunos apuntes, escuchó lo que le decía uno de los jueces y suspendió la sesión por diez minutos.

La única alma que allí estaba dominada por un gran prejuicio, era la de Demetrio, pues comprendía que había obrado como un villano, como un ser pervertido; era absurdo creerse aún bueno, noble y honrado.

Entró junto con los demás jurados en la sala destinada a deliberar, sentándose alrededor de las mesas, fumando sendas pipas y principiando a discutir la posibilidad de la culpa de los acusados.

Después de la reserva inicial de los jurados, muy pronto empezó una conversación muy animada.



—La muchacha no es culpable—dijo uno de los jurados, que era comerciante.

—Eso lo veremos—contestó el Presidente.

—Lo importante es que los criados no podían saber si tenía dinero la víctima, si no se lo hubiese dicho la Máslova.

—Veo difícil de probar esta acusación—replicó rápido Demetrio, pues estaba buscando una coyuntura para poner toda su influencia en interceder a favor de Catalina.

—Yo no creo una palabra de lo que ha dicho esta asquerosa.

—Que vos no la creáis, no basta—replicó, ya con tono enérgico Demetrio.

—La llave del cuarto la tenía ella—afirmó el Presidente.

—Y la sortija también.

—Esto no prueba nada—dijo Demetrio.

—Los dos criados solos no podían hacer nada—insistió uno de los más furibundos jurados.

—Yo lo entiendo al revés—intercedió nuevamente Demetrio.

Los criados Borchkova y Karkintin, se valieron de Máslova para asesinar al comerciante...

—De ninguna manera—protestaron varios de los jurados.

—...y que le robaron cuando Máslova se marchó—prosiguió Demetrio, decidido a jugarse el todo por el todo, en beneficio de aquella mujer que había sido su primer anhelo.

—¿Quién puede dar crédito a una mujer de la conducta de Máslova?

—La mancha del deshonor no es la del crimen, señores jurados—añadió Demetrio.

—No nos dejemos influir por el sentimiento; yo mantendré mi punto de vista.

El Presidente dijo entonces, levantándose:

—Señores, os ruego que os enteréis de las preguntas.

Se hizo el silencio en el despacho y se procedió a leer las cuatro preguntas que comprendía el alegato.

Motivada por la defensa que hacía Demetrio de Máslova se suscitó una violenta discusión, pero estando en minoría insignificante, tuvo que sucumbir bajo la fuer-

za de la mayoría, siendo abrumadoras las pruebas que la acusaban como a cómplice del asesinato.

Demetrio estaba convencido de la inocencia de la muchacha y por esto hacía esfuerzos sobrehumanos para demostrarlo; pero era inútil, aquellos hombres se dejaban guiar por las apariencias, y el Presidente acabó por decir:

—Así, pues, señores, la reconocemos también culpable, como a los otros dos acusados.

Volvió a insistir Demetrio, pero sólo consiguió hacer prevalecer su criterio, haciendo constar algunas atenuantes en favor de Máslova, siendo la de más fuerza la que decía:

“Sí, pero sin intención de matar.”

Fueron llamados nuevamente a la sala y, una vez situados cada uno en su sitio, el Presidente tocó la campanilla y después de leer todo el preámbulo, así como toda la sentencia, leyó el veredicto que, en concreto, decía:

“...el tribunal os sentencia a trabajos forzados a Siberia, para toda la vida.”

Kartinkin y Botchkova quedaron anonadados, pero Máslova levantóse al oír la sentencia y enrojeciendo hasta la raíz de sus cabellos, dijo:

—¡Eso es una calumnia! ¡Soy inocente! ¡Yo no soy culpable! ¡Os digo que es una calumnia y una infamia!

Pero su voz fué ahogada por los murmullos de los allí reunidos y el príncipe Demetrio quedó cual si el peso de la terrible condena hubiese caído sobre su cabeza.

Todo había terminado.

\* \* \*

La prisión de mujeres donde habían encerrado a la Máslova, era una gran cuadra con dos ventanas y a lo largo de la pared había una especie de camas de campaña que ocupaban los dos tercios de la estancia, y a un ángulo había una gran estufa.

Cuando se oyó el ruido del cerrojo y la Máslova entró en la sala común, todos se volvieron hacia ella. En aquel



departamento había cuatro presas, las cuales, al verla entrar le preguntaron en seguida:

—¿Cómo? ¿has vuelto?

—¿Te han condenado?

—Sí, a trabajos forzados...—contestó la infortunada— a Siberia.

Y su rostro se nubló.

Al cabo de un rato, Máslova dijo:

—Dadme un cigarro, tengo sed.

—¿No tenéis aguardiente?—dijo en voz baja Máslova.

—Aguarda—dijo Fedossia, una de las reclusas que más interés y amistad sentía por ella.

Y dirigiéndose a su cama, sacó del fondo de la misma una botella negruzca, la cual se la ofreció.

—No bebas más, por favor—le decía Fedossia.

—¿Por qué no he de beber? ¿Máslova no importa a nadie!

Y quedóse acurrucada en un rincón, fumando cigarrillo tras cigarrillo, como para buscar una distracción en los espirales del humo, y de cuando en cuando, se le oía decir con voz apagada:

—A Siberia... a Siberia...

El príncipe Demetrio había pasado el día aquél con un malestar y una tensión de nervios que no le dejaban sosegar ni un instante, no pudiendo durante la noche conciliar el sueño, pues era imposible apartar de su imaginación a la desventurada Catalina, la cual se veía en apurado trance por su culpa.

Levantóse muy de mañana, llamando a la anciana ama de llaves, que desde hacía muchos años tenía a su lado.

Durante las horas de insomnio de aquella noche, se fijó el plan a seguir y tomó una resolución irrevocable.

Petrovna, que así se llamaba el ama de llaves, acudió al llamamiento de su señor.

—¿Qué mandáis, príncipe?

—Os doy gracias por los servicios que me habéis prestado, pero no necesito ni tantos criados ni un palacio como éste.

—Pero ¿qué os pasa, señor? Después de tantos años, creo tener derecho a saber vuestras penas.

—Es preciso que se lo diga todo—pensaba Demetrio.

—Ayer encontré a Catalina Máslova, ¿recordáis aquella muchacha...?

—Ya lo creo, yo la enseñé a coser.

—Pues, está procesada por homicidio y yo tengo la culpa, yo solo...

—Creo que Máslova hace tiempo se apartó del buen camino. ¿Quién tuvo la culpa?

—Yo, y por eso quiero repararlo.

No dijo más, y salió a la calle sin saber adónde dirigirse. Fué coordinando sus ideas y reflexionando se decía:

—¿Cómo podría yo ser feliz, pensando que esta desdichada Catalina está en la cárcel y que de un día a otro debe ser llevada a presidio?

Demetrio fué al Tribunal, indagando los medios de que podía valerse para visitar a Catalina en la cárcel.

Debido a su personalidad, le fué fácil procurarse el permiso para ir en seguida a la prisión de Máslova.

Aunque no era hora de visita, Demetrio fué introducido en la cárcel.

Allí, tras los sombríos muros de la vieja prisión, como le deprimía al príncipe la trágica visión. ¡Eran todas almas perversas, carroñas arrancadas al cuerpo social!... ¿o habría muchos inocentes, como Catalina?

Un guardián entró en el departamento de Máslova, diciéndole:

—Máslova, un señor desea verte.

—¿Por qué no me dejan en paz?

Y el Príncipe Demetrio Iván fué introducido en aquella lóbrega prisión.

A la vista de Catalina, el Príncipe sintió como si las fuerzas le faltaran, pues aquella noche de insomnio había dejado en el rostro de la desdichada Máslova huellas de cansancio y sufrimiento.

Máslova miró al príncipe, no recordando quien pudiera ser, pues, además de los años transcurridos, la barba y unas arrugas pronunciadas, habían cambiado la expresión de su rostro, antes expresivo y varonil.

—¿Qué queréis?—preguntó Máslova.

A pesar de tener su plan trazado, y saber lo que debía decirle, el Príncipe quedóse un momento sin saber qué responder. Tal era su emoción.



—Quería decir...—contestó Demetrio, titubeando, no sabiendo si decirle de tú o de vos y se decidió por lo primero, acabando con voz baja: —quería verte... yo... quería ofrecerte mi amparo. ¿Qué deseas?

—¡Dame diez rublos! Ya no se puede ayudar a Máslova más que con unas monedas.

Demetrio sacó su cartera y le dió un billete.

—Que no os vea el guardia. Dadme el dinero... me lo quitaría en cuanto salieseis de aquí.

Guardóselo en el pecho y con voz emocionada dijo:

—¡Gracias! Yo rezaré en Siberia tres padrenuestros por vos.

—¿No me conoces, Catalina? ¿Te has olvidado ya de Demetrio?

Aquellos ojos tristes y sombríos de Máslova adquirieron un brillo que hacía tiempo habían perdido, recordando algo, aquellas miradas que prodigaban dulzura inefable...

—¡Demetrio!... Aquí...

—¿No me viste en el jurado? Quise salvarte, pero todo fué inútil; mis esfuerzos se estrellaron contra la oposición de todos.

—¿Salvarme? ¡oh! ¡Dios mío; ahora es tarde ya. Han pasado demasiados años, sin acordarte de mí.

—Mientras no repare el mal que te he hecho, no podré reconciliarme con Dios—replicó Demetrio con voz entrecortada.

—¡Dios! ¡Qué Dios has encontrado ahora! Antes debiste pensar en El, cuando...

—Aun es tiempo, Catalina. Yo procuraré por todos los medios devolverte la libertad.

—¿Para qué, si no la necesito? Estoy sola.

—¿No nació un hijo?—preguntó Demetrio, sintiendo que se ruborizaba y a media voz.

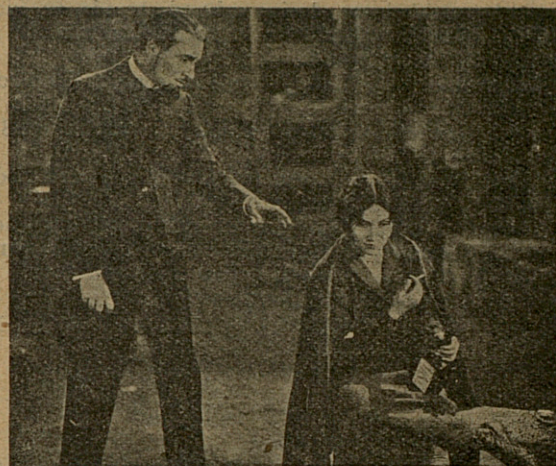
—Sí, nació y murió en seguida, a Dios gracias—contestó con voz sorda, procurando evitar su mirada.

—¿Por qué?

—Porque yo estaba enferma y a punto de morir. Tus tías me arrojaron de su casa...

—No, no puedo permitir que todo quede así; debo remediar el mal que te he hecho.

—No debes remediar nada. ¡Lo pasado, pasado está ya! Además, tú debes volver a tus princesas, a tus



—¡Dios! ¡Qué Dios has encontrado ahora!

elegantes. ¡La que fué tu instrumento de placer te desprecia y te odia. ¡No salvarás por mí tu alma!

—Esto sí que ha pasado ya, Catalina...

—¿Por qué, Santo Dios, no me llevasteis a mí con mi hijo?

—Yo haré presentar un recurso.

—Costaría demasiado dinero—respondió ella.

—Haré lo que sea necesario, Catalina, pero antes quiero que me digas que me perdonas.

—Ahora no necesitas mi perdón; sin él puedes vivir.

Catalina se levantó, esperando con sumisión a que la despidiera, y le alargó la mano, pero sin estrechar la que el Príncipe le tendiera.

—Catalina—exclamó con voz ronca, llena de emoción—. ¡Te amo más que a una hermana!

Estas fueron las palabras de despedida de Demetrio.

La tarde de aquel día, la invirtió el Príncipe en procurarse una recomendación para tener otra entrevista con Catalina, pero sin testigos ni guardia alguno.



—¡Qué crueldad—se decía—, he destruído tu vida, Catalina! ¡Símbolo de ella es tu retrato pisado por mi planta! ¡Mío es tu pecado!

Y como una visión, se le aparecieron las sagradas palabras:

“Venid a mí todos los que lloráis; yo soy la RESURRECCION de la vida.”

Al día siguiente volvió a la cárcel, logrando poder hablar con Catalina y sin testigos.

Demetrio le expuso su decidido propósito de presentar una instancia por mediación de su abogado particular, la cual sería enviada a San Petersburgo.

—Si no obtenemos ningún resultado, recurriré a Su Majestad Imperial. Catalina, haremos cuanto sea posible...

—¡Ah! ¡Si hubiese sido antes! ¡Si hubiese tenido un buen abogado!...

—Siento que debo hacerlo, te lo juro.

—¿Y qué es lo que piensas?

—Llegar hasta el final, y si consigo la libertad, casarme contigo.

El rostro de Máslova tomó una expresión indecible de espanto, y sus ojos fijos en él, parecieron mirarle sin verle.

—¿A qué viene eso ahora?

—Siento que debo hacerlo.

—Nunca dices las cosas a tiempo.

—Cualquier crueldad que digas—contestó Demetrio—no puede llegar a lo que me remuerde mi conciencia.

Con ímpetu nervioso, Catalina le dijo:

—¡Te serviste de mí para tu placer en esta vida, y ahora quisieras salvarte, gracias a mí, en la otra!...

—Estás demasiado agitada—contestó Demetrio con tono de reconvención—. Si me es posible, volveré mañana. Reflexiona sobre lo que te he dicho, que yo procuraré salvarte.

Al quedarse sola, Máslova recordó las palabras de Demetrio, las cuales le renovaron el recuerdo de aquella sociedad en que tanto sufriera y a la cual, al huir, colmó de maldiciones. Ahora le era imposible el olvido.

Pasaron varios días y Demetrio, no desperdiciando sacrificio ni gestión alguna para lograr el éxito de sus propósitos y poder conseguir la revisión de la causa.



...Por aquellos ojos negros y rasgados

Con todo el sentimiento de su alma dolorida fué a cumplir la dolorosa misión de visitar a Catalina en la cárcel, para darle la triste noticia de que el Tribunal había confirmado la primera sentencia y, por lo tanto, debía resignarse para marchar a Siberia.

Además, llevaba consigo una súplica al mismo Czar, para que la firmara Máslova, pero no fundaba muchas esperanzas en ella.

—Traigo una triste nueva—dijo con voz sorda, evitando mirarla y darle la mano—. El Tribunal ha desechado nuestro recurso.

—Estaba segura de ello—contestó ella, con voz apagada, como si se ahogara.

—No te desesperes, la súplica al Czar puede dar buen resultado. Firma esta hoja—dijo después, y sacando del bolsillo un ancho sobre, desplegó la súplica sobre la mesa.

Una vez firmado el documento, le dijo Demetrio:

—Suceda lo que quiera, nada me hará desistir de mi



propósito. Lo que he prometido lo cumpliré de todos modos: donde quiera que te envíen, yo te acompañaré.

—No, es inútil...

—Dime lo que necesitas para el viaje.

—¡Gracias, creo que no necesitaré nada, gracias!

Demetrio experimentaba una alegría intensa, un afán de hacer bien, y hubiera deseado poder hacerlo extensivo a toda la humanidad.

Llegó a su palacio, encontrando a su íntimo, el comandante Schembock, el cual le interrogó en seguida:

—Pero, oye, Demetrio, ¿qué es lo que me acaban de contar?

—Tú dirás.

—Pues, muy sencillo, ¡que habías cedido tus campos y tu fortuna toda, a los aldeanos!

—Exacto—confirmó Demetrio.

—No acierto a comprender cómo puedes haber tomado semejante determinación.

—Mira, como tú sabes, además de mi fortuna propia, que heredé de mis padres, también me nombraron heredero mis tías, y yo no necesito tanto para vivir, mayormente que pienso emprender un viaje bastante largo y nada podrían interesarme tantos bienes, pues con poco tengo bastante.

—¿Y adónde piensas ir?

—A Siberia.

Cayó como una bomba esta contestación, pues no podía imaginarse el comandante que su amigo tomara tamaña determinación, si bien ignoraba los motivos.

En pocas palabras le explicó las terribles escenas que había presenciado y que le habían inducido a procurar la libertad de aquella mujer.

Despidiéronse los dos amigos con un fuerte abrazo, quedando en que antes de la marcha se volverían a ver; pero la verdad que a Demetrio poco o nada le importaba.

\*\*\*

La conducción de penados de que Máslova formaba parte, debía salir a las tres de la tarde, así es que el Príncipe, que quería verla salir de la cárcel y seguirla luego a lo largo de la calle, decidió estar cerca de la puerta de la prisión antes del mediodía.

Cuando Demetrio llegó a la cárcel, la expedición no había salido aún.

Se oyó un murmullo que fué prolongándose durante cinco minutos y luego la rejada puerta principal de la cárcel se abrió con estrépito. Los soldados, armados con fusiles, salieron a la calle y bien pronto principiaron a salir los penados con la gorra plana y la cabeza medio afeitada. Cada cual llevaba un saco arrastrando fatigosamente unas cadenas atadas a sus pies.

Fueron apareciendo luego las mujeres, con blusas grises y pañuelos blancos en la cabeza.

Parecía como si saliera de la lobreguez hedionda de las celdas, un rebaño humano contado y encadenado, con destino a Siberia, y los relucientes rayos del sol herían sus pupilas por haber estado varios meses entre tinieblas.

Demetrio seguía a los presos, pero a pesar de ir vestido con un traje finísimo, sentía un calor bochornoso y paso a paso fué siguiendo aquella hilera de desdichados.

Por fin llegaron a la estación; pero no pudo entrar con los presos, y cuando lo logró estaban todos ya en sus coches, convenientemente separados los hombres y las mujeres.

Demetrio se asomaba con delirio a todas las ventanillas, por si podía distinguir a Máslova, gritando hasta quedar ronco:

—¡Catalina! ¡Catalina!

Nadie respondía.

Cruzóse con un empleado de la estación, preguntándole si podría tomar aquel mismo tren, cuya estación de destino era Nigni.

El empleado le contestó que forzosamente tendría que seguir el convoy, en uno de los trenes ordinarios, y no tuvo más remedio que resignarse, muy a pesar suyo.

Mientras Demetrio iba recorriendo todos los vagones, por si encontraba a Catalina, ésta se asomó a la reja de su departamento, viendo como éste la estaba buscando con afán.

Aquella escena y aquel ir y volver desenfrenado de Demetrio, le recordó con gran dolor, otra escena parecida de años atrás, en que era ella la que le estaba



buscando con loco afán por todos los vagones de un coche militar.

Al fin sonó la señal, y de pie y junto a una de las ventanillas estaba Máslova, viendo a Demetrio, el cual no la pudo distinguir, y al contemplarle y ver el interés con que estaba mirando, en su labio se dibujó una sonrisa, en la cual había algo desgarrador, como la expresión de una tristeza infinita, y por aquellos ojos negros y rasgados, pugnaba por saltar una lágrima, tal vez una de las pocas que le quedaban,

\* \* \*

El convoy de penados en que iba la infortunada, había recorrido ya más de cinco mil verstas, habiendo llegado a Perm, viajando en ferrocarril y en vapor.

Debido a la influencia del Príncipe Demetrio, que la iba acompañando cuanto podía, pudo obtener que pasara a la sección de presos políticos, por cuya razón había mejorado considerablemente la situación de aquella infeliz, pero de una a otra etapa continuaba andando a pie, como los demás penados de derecho común.

Para las largas distancias, el Príncipe Demetrio había adquirido un pequeño trineo, el cual ocupaba Catalina y su pequeño equipaje, así como los maletines de Demetrio, siendo él mismo quien tiraba del trineo.

Aquellas horas interminables de andar por encima de la nieve, era un verdadero calvario.

Regularmente andaban a pie 20 verstas diarias, o sea, cerca de 21 kilómetros y medio, descansando un día, después de dos de marcha.

Los deportados iban continuando su fatigosa marcha a través de las heladas estepas siberianas, y ¡ay! del que flaqueara o se rindiera. Sus cuerpos debían ser insensibles al cansancio, como las almas de sus guardianes lo eran a la piedad.

Adelante, siempre adelante, en caminar agotador, para reanudar la marcha sin haber descansado lo suficiente, y con mala alimentación, para proseguir el melancólico avance por el desierto sin fin.

Eran ya varias las semanas que andaban por aquel interminable desierto y Demetrio resistía con estoicismo su voluntario cautiverio, prodigando frases de con-

suelo a su víctima, aquella pobre mujer que tan cínicamente había abandonado, pero que ahora quería conservar y cuidar, como a cosa propia.

Aquella noche se hallaban Catalina y Demetrio hablando acompañados del oficial que conducía el convoy.

En un momento en que quedaron solos, le dijo Catalina:

—¿Por qué me acompañas, Demetrio?

—Me he impuesto ese sacrificio voluntario y quiero llegar hasta el fin, Catalina.

—Es un sacrificio estéril, créeme.

—Tal vez, pero yo lo cumplo gustoso y sin esperar recompensa alguna.

—Poco o nada podría darte—susurró a media voz Catalina.

—Lo mejor de tu juventud—contestó, ahogando sus palabras, Demetrio—yo lo he tenido, hace ocho años ya, Catalina, y para nosotros es como si hubieran pasado más de treinta, pues nos hallamos envejecidos y sin ilusión alguna, que es lo peor de la vida, pues no sabemos si algún día podremos recobrar la libertad, pues me considero, como tú, castigado por las leyes de los hombres.

—Tu compañía alivia mi situación, Demetrio; pero, por otra parte, me causa pesar, viendo el calvario que te has impuesto.

—Yo no te incitaré a casarte conmigo, pero seguiré compartiendo tus pesares... sirviéndote... protegiéndote... ¡y amándote!...

No pudo continuar, pues la presencia del oficial y el aviso de juntarse con las deportadas, les separó hasta el día siguiente.

Por la mañana continuaron nuevamente su ruta, llegando a los dos días de fatigoso andar, cerca de Ninjnt Talgils, al pie casi de los Montes Urales.

Debido a su influencia, el Príncipe Demetrio había conseguido pasar buena parte del día en el despacho del jefe de la caravana, y a las horas de comer podía reunirse con Catalina, pues les traían la comida del restaurant cercano.

Era ya al atardecer del tercer día de descanso, cuando de pronto se oyeron los sonoros cascabeles del tronco



de caballos que tiraban de un trineo. Era el correo oficial.

Descendieron sus dos ocupantes, cargados con varios paquetes de correspondencia, de los cuales una parte de ellos fueron entregados al jefe de la caravana de deportados.

—Hola, amigo Kruko—dijo, saludando al jefe, el que parecía ser el superior de los recién llegados.

—¿Habéis tenido buen viaje, mi querido Kolossoff?—contestó el interpelado.

—Desastroso, figúrate que en Novgorod, una tempestad de nieve y lluvia nos alcanzó, perdiendo más de dos días.

—¿Y qué, traes alguna novedad interesante?

—Hay un pliego cerrado que me ha sorprendido, pues va dirigido a nombre del Príncipe Demetrio Ivanovitch Neklindof, diciendo que le debe ser entregado durante esta travesía y en sus propias manos el paquete oficial.

—Te será fácil cumplir este encargo, porque el Príncipe Demetrio está aquí.

—¡Aquí!

—Sí, hombre; es un caso de locura o misantropía, no lo sé. Viene acompañando a una de las deportadas, prodigándole toda clase de cuidados y consuelos.

Luego empezó a leer las diversas cartas y oficios que le remitían, anotando las instrucciones que le ordenaban, para mejor cumplimentarlas.

De pronto, lanzó una exclamación:

—¡Es posible! ¡Qué alegría va a tener el Príncipe!...

Acababa de pronunciar estas palabras cuando se lanzó dentro de la estancia el mismo Demetrio, el cual llegaba jadeante y sin casi poder hablar, pues tal era la emoción que demostraba.

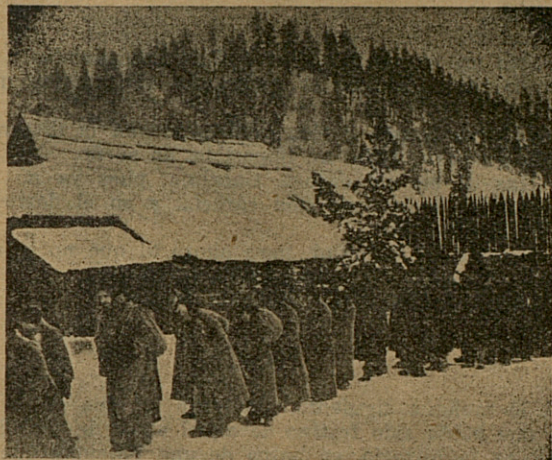
—Mirad, mirad—decía, mostrando un oficio.

—Sí, ya estoy enterado.

—¡Qué... inefable dicha... esto es inmenso!...

—Sentáos, señor; mis felicitaciones, pues ya sé que el Czar, que Dios guarde, se ha dignado conmutar la pena de prisión perpetua por la de destierro, a Catalina.

—Cierto, cierto—decía Demetrio—; estoy satisfecho



Por la mañana continuaron...

y desearía que me permitiera usted poderlo comunicar inmediatamente a ella.

—No tengo inconveniente—repuso muy amable el jefe. E inmediatamente llamó a un ordenanza para que fuera introducida Catalina a su presencia.

A los pocos minutos se presentó, y muy prudente el jefe la dejó sola con el príncipe.

—¡Catalina!... exclamó éste en cuanto la vió.

—¿Qué ocurre?

—Una noticia sensacional. Acaba de llegar una orden del Czar, conmutando tu pena de prisión perpetua, por la de destierro.

—¡Ah!—exclamó Catalina, pues en su interior, además de la sorpresa que le causó semejante noticia, sentía una duda cruel, no sabiendo si sería mejor o peor su situación.

—¿No comprendes, querida? ¡Esto es la libertad! Ahora puedes aspirar a casarte conmigo, a tener un hogar feliz.



Catalina bajó la cabeza y un ténue rubor coloreó sus mejillas.

—¡...!

—¿No me contestas? ¿Por qué no encomiendas a mi amor la reparación de los quebrantos que por mi culpa sufriste?

—Tal vez tengas razón, pero es mucha la distancia que nos separa; pides un imposible, un sueño.

—Has de ser mi esposa, Catalina, pues ya no nos separan los hierros de una cárcel... y en el destierro puedo hacerte feliz.

—Hágase tu voluntad, pero ahora sí que no te merezco. El pecador se ha convertido en mártir...

—Es verdad, Catalina, casi un Santo...

\* \* \*

A la mañana siguiente, partieron los dos en el trineo que había sido testigo de aquel amor de sacrificio, único en la historia, en busca de una felicidad que ya habían despreciado, Demetrio por correr en pos de las locuras de la juventud, y Catalina para elvidar los desengaños.

Catalina cantaba una canción popular del Volga, parecía un canto a la próxima felicidad, como himno a la RESURRECCION de su alma...

FIN

.....

**N**o deje de solicitar el Catálogo General de BIBLIOTECA FILMS que contiene la colección más amena y sugestiva de novelitas cinematográficas. Escriba hoy mismo (y se lo mandarán gratis a) BIBLIOTECA FILMS - Ap. rt.º 707 Barcel na



## Las más Grandes Figuras de la Pantalla

solamente las encontrará en

**BIBLIOTECA FILMS**

y

**FILMS DE AMOR**

Mary Pickford	D. Fairbanks
Pola Negri	Ramón Novarro
Gloria Swanson	Charlot
Bebé Daniels	Adolfo Menjou
Raquel Meller	Lon Chaney
Alice Terry	Gary Cooper
Jacobini	Ant.º Moreno
Colleen Moore	Chiquilín
Laura La Plante	George O'Brien
Dolores del Río	Emil Jannings
Vilma Banki	Ronald Colman
Dolores Costello	John Barrimore

Lo más selecto del repertorio de estos artistas  
figura en el CATÁLOGO GENERAL que  
se remite gratis, solicitándolo a

**Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona**